

SUBDITO DE LAS TINIEBLAS

Kelltom McIntire

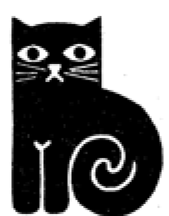
CIENCIA FICCION

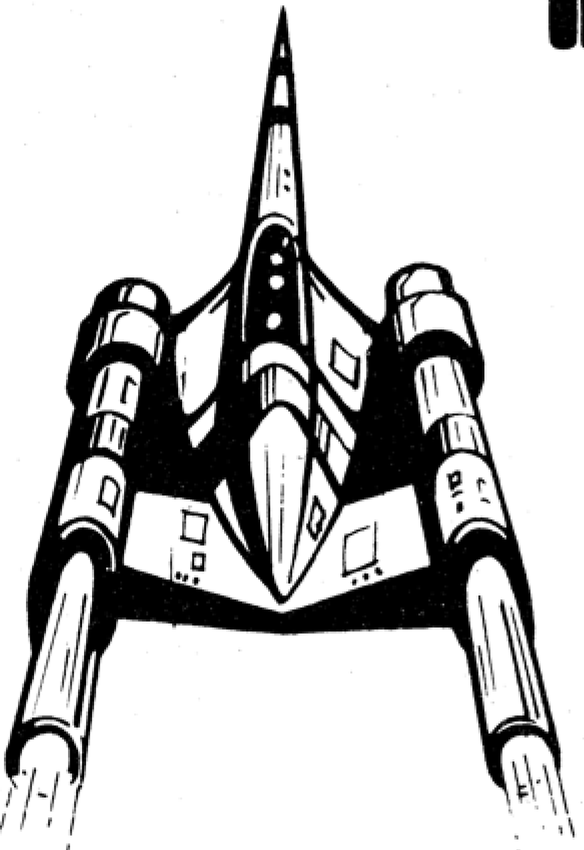


SUBDITO DE LAS TINIEBLAS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

603 — Asesino en las estrellas, *Curtis Garland*

604 — La necrópolis de oro, *Kelltom Mclntire*

605 — Los robots no son humanos, *Glenn Parrish*

606 — El signo de Quemyiseth, *Kelltom Mclntire*

607 — Homo Rex, *Ralph Barby*

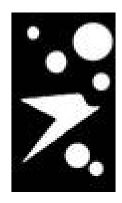
KELLTOM McINTIRE

SUBDITO DE LAS TINIEBLAS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 608

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 5.790 1982

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: abril, 1982

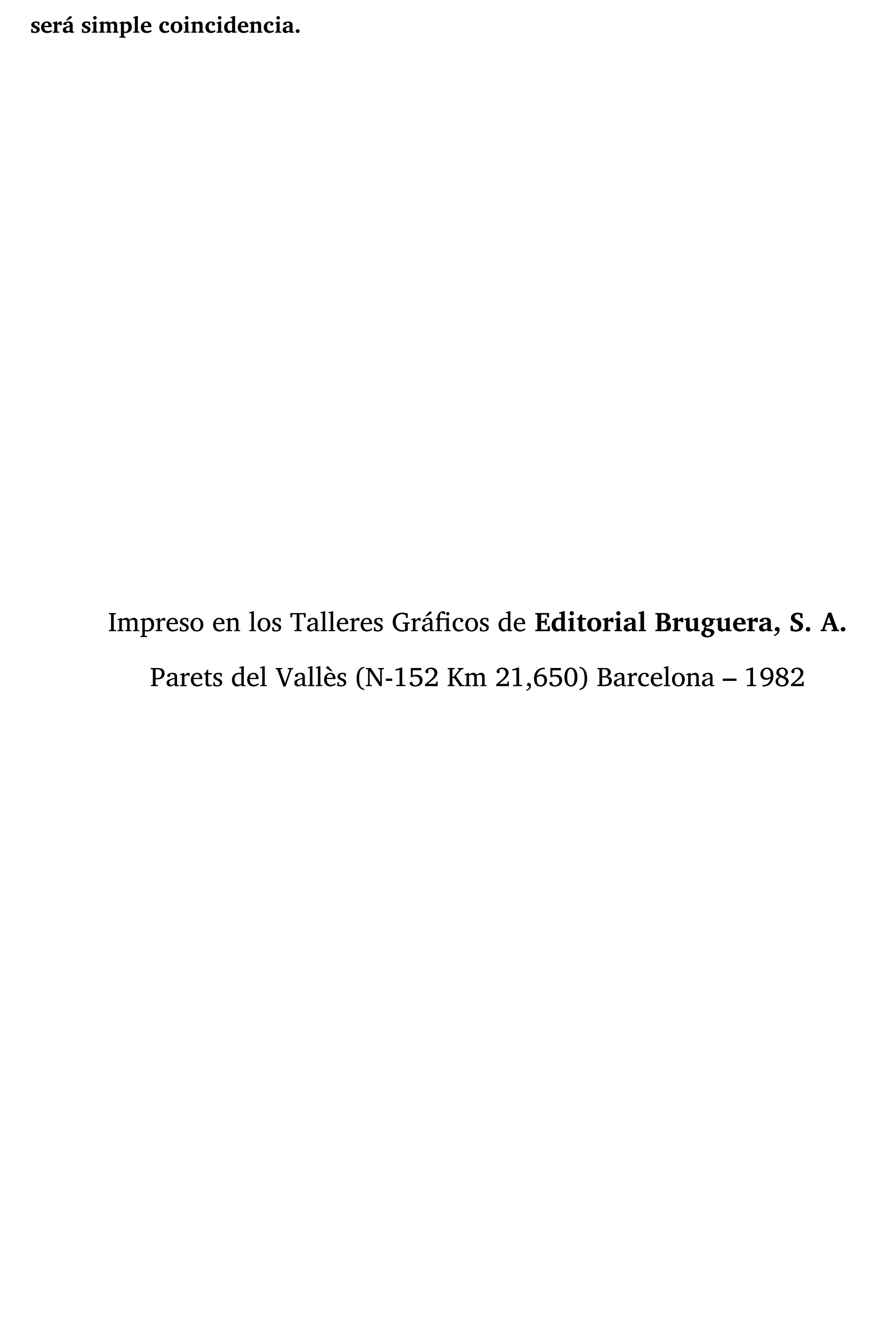
l.ª edición en América: octubre, 1982

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales,



será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Faax *el Único* acababa de anunciar nuevos proyectos, ambiciosos planes de expansión, nuevas y cruentas *razzias* más allá de las fronteras (que sólo las complicadas cartas astronómicas podían delimitar ya, pues el imperio de Faax había llegado a ser inconcebiblemente extenso).

Así que, cuando la población de Xoonapyr —la metrópolis— tuvo noticias de los planes de su tirano, todo el mundo se echó a temblar.

—Morirán miles y miles, cientos y miles de criaturas inocentes —vaticinó el anciano Ladraán.

El hombre más viejo de Xoonapyr guardaba en su memoria los recuerdos de otras guerras dirigidas por el ambicioso tirano del planeta Kungawan. Muerte, sangre, miseria y abominación eso venían a significar los planes del tirano de Kungawan, el cual había conseguido hacerse con el poder establecido en Xoonapyr, por la fuerza, y extender sus dominios a los otros planetas del sistema e incluso más allá del Lugar de las Sombras.

Ladraán sufría en silencio, cobijado en su miserable chabola situada en los suburbios de Xoonapyr. Arriba, en lo alto de las colinas, estaba el esplendor y el lujo, la fuerza y la soberbia. Abajo, en los arrabales situados al sur, la miseria, el hambre, la enfermedad y la muerte. Y era aquí precisamente donde vivían los menesterosos, los perseguidos como el longevo Ladraán.

El anciano era consciente que, desde que su hijo Wam-Ladraán fuera apresado por los sicarios de Faax, él mismo sufriría en sus carnes la persecución y el acoso por parte de los incondicionales del tirano.

Como en otras ocasiones, el vaticinio del anciano se cumplió. Ladraán fue arrojado de la escuela donde enseñaba a los jóvenes con moderación y templanza, le fue arrebatada su vivienda y expoliados todos sus bienes, no excesivamente cuantiosos.

Finalmente le arrojaron a los suburbios y le permitieron —como a un perro sarnoso— que se cobijara en un edificio ruinoso que había servido como lazareto en los tiempos de la lepra.

Nadie hubiera aceptado vivir en un lugar como aquél, pero

Ladraán, el paciente y justo Ladraán, no tenía otro lugar donde esconderse, donde protegerse de las frías y largas noches de Kungawan. Y aceptó el horrible lazareto con la misma actitud que una rata se escurre hacia las cloacas.

Y nada más cierto, pues aquellas siniestras ruinas estaban pobladas por miles de roedores, que pululaban desde el anochecer hasta las primeras luces diurnas a lo largo de los incógnitos túneles cavados en los muros y en el subsuelo.

Un hecho asombroso: las ratas, que habían devorado a algunos niños y ancianos de los suburbios, jamás atacaron a Ladraán.

¿Por qué?

«Quizá porque los roedores me consideran un congénere más. Quizá sólo por eso», se decía el anciano.

Nadie se acercaba a los dominios de Ladraán. En la mente de los menesterosos se había grabado a fuego el recuerdo de aquella terrible epidemia que había diezmado a la población de la metrópolis Xoonapyr y a otras ciudades del planeta, como Hallapyr, Lekapyr y Ashlandah.

La contaminación fue terrible. Se trataba de una variedad de lepra desconocida, letal. La enfermedad era contagiosa y se expandió a todo el planeta en poco más de treinta vueltas de Kungawan.

Xoonapyr se impregnó de un intenso hedor a muerte. Cada día se producían miles y miles de víctimas mortales, que los servicios sanitarios de la Federación ni siquiera daban abasto a sepultar. En consecuencia, los cadáveres eran hacinados en las plazas y en las calles, la alta temperatura diurna corrompía los cuerpos en pocas horas, el aire se tomaba irrespirable y malsano, y la enfermedad se propagaba con mayor rapidez.

Xoonapyr era un largo y contenido lamento de dolor y de desesperanza. Familias enteras caían bajo el azote de la plaga, que deshacía la piel y los músculos de las personas vivas, hasta el punto de que a algunas criaturas aún conscientes podían vérseles los huesos de los brazos, las costillas e incluso el cráneo.

La metrópolis se llenó de insectos, primero. Después sufrió el feroz asalto de las bestias carroñeras, que acudían en bandadas, por el aire, y en manadas desde las selvas de Jerro-OWami.

Al principio, las bestias se limitaban a cumplir con una función

positiva: devoraban los cadáveres, limpiaban la ciudad de carroñas. Pero, al cabo, los salvajes lobos y hienas de Jerro-OWami se fueron tornando más y más feroces y agresivos y atacaron incluso a las personas sanas y vivas.

Así que, cuando el caos y la desolación se apoderaron de todo el planeta Kungawan, la Federación que regía el antiguo imperio fue debilitándose hasta que prácticamente dejó de existir como ente de gobierno.

Este fue el momento que aprovechó Faax *el Unico* para alcanzar el poder.

Pero ¿quién era este hombre? Faax o Faax-Yaderi sólo tenía unos veinte años por entonces. Hijo de Yaderi-Ruux, el jefe de policía del antiguo imperio, Faax había conseguido llegar al grado de oficial de los servicios de seguridad.

Conocía, por tanto, la estructura del poder de la Federación y utilizó estos conocimientos en provecho propio.

Cuando la lepra comenzó a hacer estragos en Xoonapyr y Aslandah —las principales ciudades—, Faax reflexionó.

Tenía algunos conocimientos de Medicina y pronto supo que la epidemia era imparable.

«Sobrevendrá el caos y el horror, se debilitará la máquina del gobierno, cundirá el desconcierto... ¿No es ésta la ocasión que yo estaba esperando?»

En Xoonapyr habían muerto más de ciento cincuenta mil personas, cuando el ambicioso oficial de policía se alzó con una partida de facinerosos formada por unos quinientos hombres.

¿Cuál era su primer objetivo? Faax tenía suficientes conocimientos de táctica y estrategia. No dudó, por tanto; dirigió inmediatamente a sus sicarios hacia el lugar más importante del planeta: el Centro de Abastecimiento de Phandalari.

Phandalari era un gigantesco almacén subterráneo abarrotado de víveres, armas, material médico quirúrgico, vehículos y productos energéticos.

Cuando Faax y los suyos llegaron a Phandalari, la lepra había exterminado a la mayoría de los vigilantes, incluido su jefe el oficial superior Gei-Akraman.

Fue cosa fácil: los esbirros de Faax exterminaron sistemáticamente a los hombres del oficial Gei-Akraman. Los asaltantes no sufrieron el menor peligro: los vigilantes, todos enfermos, contaminados por la lepra, se dejaron masacrar sin oponer resistencia.

Fue el primer paso en la irrefrenable ascensión de Faax, hijo de Yaderi. (Yaderi, un hombre honrado, había desaparecido misteriosamente poco antes de extenderse la lepra. En Xoonapyr se especulaba con la posibilidad de que su propio hijo, Faax, le hubiera asesinado.

Ahora, el ambicioso oficial de la policía contaba con una baza decisiva. En su poder se encontraban todos los recursos que hubieran podido mitigar los efectos de la terrible enfermedad que asolaba a las gentes de Kungawan.

Inmisericorde, Faax estableció un sofisticado sistema de seguridad alrededor de Phandalari, inexpugnable por otra parte en situación normal, pues el Centro de Abastecimiento de Emergencia se hallaba ubicado en mitad del desierto de Ohm-Detrabb, una árida extensión de un millón de kilómetros cuadrados, donde ni los reptiles tenían posibilidades de sobrevivir.

Si Faax tenía alguna virtud, ésta era la astucia.

Y así, tal como había previsto, la Federación envió un contingente armado para tomar el Centro de Abastecimientos de Emergencia.

Phandalari fue atacada desde el aire y por tierra. Inútilmente, porque los silos habían sido construidos a prueba de toda clase de asaltos.

Además, Faax y los suyos contaban con toda clase armamento y establecieron una defensa tan férrea que en apenas cuarenta minutos lograron exterminar a la patrulla enviada por la Federación.

En las fechas siguientes —mientras la lepra continuaba devorando a las gentes de Kungawan—, Phandalari sufrió nuevos asaltos, dictados por la desesperada Federación. Pero los rebeldes los rechazaron con facilidad y acabaron con hombres y máquinas.

De la acción armada, la Federación pasó a las súplicas.

—En nombre de la justicia, de la misericordia, rogamos al oficial Faax-Yaderi deponga su actitud y se entregue. Nuestra gente necesita desesperadamente alimentos y medicinas. ¡En nombre de Hool lo solicitamos! —dijeron.

Hool, el Todopoderoso, el único Dios, el que había creado a las criaturas, el hacedor del Universo.

Los del Gobierno legítimo invocaban ahora a Hool. Pero Faax sonreía despectivamente.

—¿Quién cree en Hool? —se burlaba, respondiendo a los mensajes de la Federación—. Hool no existe, Hool soy yo, si quiero —blasfemaba.

Naturalmente, en sus cálculos no entraba ni remotamente la posibilidad de rendirse y entregarse.

En KugaWam habían muerto ya más de un millón de seres humanos y las fieras carroñeras se habían transformado simplemente en eso: *fieras*, animales feroces que llegaban a millares a las ciudades, atacaban a dentelladas a enfermos y sanos y expandían el terror por doquier.

La Federación insistió en sus súplicas al rebelde Faax-Yaderi.

—Al menos, entréganos una cantidad suficiente de alimentos y medicinas. Escúchanos, oficial Faax: En Kungawan, la desolación es inenarrable...

Y describieron al indiferente Faax las escenas de terror, de miseria y mortandad que venían sucediéndose sobre la superficie del planeta.

Los del Gobierno trataron de presionar al joven oficial con otros argumentos:

—Reflexiona, Faax-Yaderi —expusieron—. La epidemia parece inextinguible, según se suceden los hechos. Si atendemos a la opinión de los médicos, es posible que el género humano sea extinguido sobre la superficie de Kungawan. Y ello quiere decir que vosotros también moriréis. ¿No habéis reparado en que los silos de Phandalari están repletos de cadáveres contaminados por la lepra, en que quizá algunos de los rebeldes se hayan infectado a estas alturas? Tú, Faax, conoces la virulencia de esta plaga. Se propaga rápidamente y sus efectos son mortales en todos los casos. ¿Qué harás cuando sientas en tus carnes la mordedura de la podredumbre, cuando tu piel se tome verdosa, cuando tus músculos caigan en pedazos?

La única respuesta de Faax-Yaderi fue una risotada despectiva.

—Eres inhumano, cruel como una fiera, Faax-Yaderi —insistieron conturbados sus comunicantes—. Pero Hool, el justo, te castigará. Morirás, Faax. Y serás responsable de millones de muertes. No hallarás

jamás el descanso eterno, pues los fantasmas de tus víctimas te perseguirán hasta el infinito.

Cualquiera se hubiera aterrado al escuchar el espeluznante anatema. Pero Faax volvió a reír.

—Es posible que todos perezcáis —dijo—. Pero yo sobreviviré.

Tenía razón: sobrevivió.

CAPITULO II

Amanecía en el antiguo lazareto, hoy esqueleto de muros descarnados e inestables. Alguna noche, cobijado bajo una esterilla, Ladraán había escuchado el estrépito inquietante de un muro que se derrumbaba. Incluso el polvo viejísimo penetraba en su covacha y le obligaba a toser hasta ahogarse.

Allá, en lo más alto de los muros, también se cobijaban otras criaturas: rapaces nocturnas, algunas carroñeras que quizá —por instinto— guardaban en sus diminutos cerebros el recuerdo del gran hartazgo propiciado por la plaga que acabara, años atrás, con la mitad de la población de Kungawan.

Ladraán se sentía en paz con sus hermanos menores. Ninguna de aquellas bestezuelas le molestaba. Lo que para otros habría sido espeluznante la proximidad animal, para el anciano no era otra cosa que compañía, simple compañía de las bestias aladas o peludas. Todo mejor que sentirse solo, porque la soledad es la peor compañera de la especie humana.

Como todas las mañanas, el viejo tosió un poco, se removió con lentitud, abrió los párpados y contempló la luminosidad incipiente del nuevo día que penetraba a través de las desportilladas ventanas.

Inmediatamente, un recuerdo doloroso le agitó.

—Wam, querido Wam —murmuraron sus labios resecos y agrietados.

Wam. El *Unico* hijo nacido de su relación con una *única* mujer: Hamadrai.

Al evocar a su esposa muerta, los ojos de Ladraán se humedecieron.

«Es una vieja herida, no vale la pena abrirla de nuevo—se dijo a sí mismo con toda la paciencia del Universo—, Hamadrai goza de la bienaventuranza. No debo llorar, por ella, pues.»

Y, sin embargo, el recuerdo de Hamadrai volvía a su memoria una y otra vez, no con una insistencia dolorosa, sino dulce y placentera.

Hamadrai, hija de Yee-Hamadrai y O-Yimballa.

Cuando Ladraán la conoció, ella dirigía la escuela del campamento

Soidenna, al borde del desierto Ohm-Detrabb, donde los dirigentes de la Federación explotaban un yacimiento de mercurio consistente.

Por entonces, Hamadrai apenas tenía dieciséis años. Era de mediana estatura, cimbreña y ágil: morena, de tez bronceada y ojos oscuros, enigmáticos; era largo su cuello y flexibles sus expresivos brazos. Daba la sensación de irse a desvanecer en el aire, de pura perfección estética, pero seguía allí, caminando con gracia entre los rústicos bancos de sus alumnos de ambos sexos, niños y niñas que seguían todos sus movimientos con religiosa atención.

Hamadrai... ¿La Perfecta?

«Era humana —susurraba para sí el anciano, mientras pugnaba con dificultad por ordenar el pobre y duro jergón, la raída manta el cuenco de calabaza con un poco de agua—. ¿Perfección? ¡Hool nos libre de ella!»

Cuando Ladraán llegó al campamento Soidenna, ella le miró con dulzura pero con una pizca de prevención también.

Ladraán era inspector de enseñanza de la Federación, y es sabido que los inspectores nunca habían tenido buena fama. La gente cree que hurgan, miran y critican con exceso. De ahí la sutil desconfianza que plasmó la expresión serena de la jovencísima profesora de Soidenna.

Pero cuando las miradas del hombre y la mujer se cruzaron, se quedaron prendidas un momento. ¿O acaso fue una eternidad?

Un niño gritó y ello fue suficiente para romper momentáneamente el encanto. Ambos acudieron presurosos; pero no ocurría nada: el grito había partido de la garganta de Yoshe, el impaciente, un niño de seis años que no soportaba el silencio durante unos instantes.

Los escolares rieron. Y rieron también, alborozados, el inspector de Xoonapyr y la joven maestrita de Soidenna. Y el hielo quedó roto.

Luego, Hamadrai la Bella despidió a sus alumnos y dedicó toda su atención al inspector Ladraán.

No hablaron mucho. Ladraán había terminado su tarea en la media hora anterior: desde una ventana de la construcción de juncos había espiado ladinamente a al profesora y a sus alumnos y se sentía plenamente satisfecho de unos y otros.

Muy cerca el uno del otro, Ladraán hizo unas preguntas sobre asuntos locales —en el campamento vivían unas 1.200 personas—,

que la maestrita contestó puntualmente.

—Tendré que volver hoy mismo —comentó el inspector—. Mi trabajo aquí está hecho y, por otra parte, en Soidenna no existe alojamiento, excepto para las personas que trabajan aquí. Tendré que...

La más viva decepción se pintó en las broncíneas facciones de Hamadrai.

—Pero...

—No quiero causar molestias, aunque confieso que me gustaría permanecer aquí una o dos jornadas —confesó él—. He adelantado mucho mi trabajo en esta zona. Disponía de doce jornadas para visitar las ciudades de Leffir, Grauiepir, Goffre y los campamentos de Ressa-Alloka, Trestai y Soidenna, pero me han ido bien las cosas y he terminado apenas en siete días. Pero ya veo que es imposible alargar mi estancia aquí. De modo que...

Hamadrai se retorcía las finas manos, muy nerviosa.

—Señor...

—¿Sí, profesora Hamadrai?

—Verá, mi madre y yo ocupamos un barracón excesivamente amplio para nosotras dos. Mi madre, O-Yimballa, es una anciana inválida y apenas se mueve de su cama. Se aburre soberanamente, pues yo tengo que compartir mi tiempo entre mis alumnos y los cuidados de mi pobre madre. Si usted quisiera aceptar...

—¿Quiere decir..., me está ofreciendo alojamiento en..., en su casa? —tartamudeó el inspector Ladraán.

—Bueno, es un deber de hospitalidad, inspector. Y además... Ya le he dicho: mi madre se sentirá muy honrada. Y yo..., pues...

—Está bien. Acepto encantado —se decidió Ladraán, que apenas podía sustraerse el embrujo que emanaba de los ojos negros de Hamadrai.

Ella se sentía tan nerviosa y emocionada que apenas se atrevió a pronunciar un par de palabras durante el trayecto entre el cobertizo que servía de escuela en el campamento y el barracón donde se alojaban su madre y ella.

En pos de Hamadrai, Ladraán tropezaba frecuentemente en los

guijarros que salpicaban la llanura, pues su mirada permanecía fija en la graciosa y ondulante silueta de la esbelta profesora de Soidenna.

«Me ha hechizado —se confesó a si mismo—. Verla y amarla ha sido todo uno.»

La amaba ya, sí, por extraño que pueda parecer. La amaba hasta dar la vida por ella. Que esto era así, tuvo oportunidad de demostrarlo cumplidamente el profesor Ladraán, aunque mucho más tarde.

El barracón ante cuya puerta se detuvo Hamadrai era verdaderamente humilde, casi miserable. Una construcción muy baja, formada por cuatro palos y algunos juncos entrelazados: eso era todo lo que se veía desde el exterior.

Hamadrai apartó con un gracioso ademán la cortina de tela que impedía colarse a los abundantes insectos que pululaban sobre el campamento, e invitó a pasar al inspector.

Dentro se mitigaban mucho los rigores del sol de mediodía. Al principio, Ladraán nada pudo ver de la casa, pero cuando sus ojos se habituaron a la penumbra reinante, advirtió que la humilde vivienda estaba dividida en dos partes. La anterior era una especie de cocina-cuarto de estar y la del fondo una a modo de alcoba en la que se veían dos camastros.

Nada más entrar, Ladraán arrugó la nariz. Instintivamente, esperaba percibir el hedor propio de las chabolas más infectas. Pues ¿qué podía esperar después de haber contemplado el mísero exterior del barracón?

Sin embargo, la vivienda de Hamadrai y su madre aparecía escrupulosamente limpia y ordenada, aunque todos sus enseres fueran toscos, elementales y paupérrimos.

Sobre la losa que hacía las veces de mesa —apoyada sobre un cubo de granito— se veía una concha marina y un ramo de flores silvestres que exhalaban un leve pero agradabilísimo perfume.

A la izquierda estaba el hogar. Había lumbre encendida y una marmita de barro en cuyo interior bullía algo que emanaba un aroma penetrante, capaz de despertar el apetito a un muerto.

Un *maü* —un gatito— descansaba junto a las brasas, enroscado sobre sí mismo. Al oír el rumor que producían los recién llegados, abrió un ojo, después otro, se desperezó un poco y… siguió dormitando apaciblemente.

—Venga, mamá está despierta —invitó Hamadrai al inspector Ladraán.

O-Yimbella descansaba sobre el más amplio de los lechos del dormitorio situado al fondo. Era enorme: debía pesar no menos de doscientos kilos y materialmente tapaba con su humanidad la superficie de la cama.

—Sufrió un accidente, hace algunos años —le estaba explicando Hamadrai con voz dulce, desprovista de falsa compasión—, Se partió la espina dorsal y sufrió una parálisis total, irremediable. No puede hablar, pero posee un oído y un olfato finísimos. Puede hablarle, si quiere. Ella contestará con sus párpados y yo interpretaré lo que ella diga —le invitó la jovencita.

Ladraán tardó en reaccionar. A la vista de aquella enorme mujer y tras escuchar las últimas palabras de Hamadrai, se sentía tímido, inseguro, como gallo en corral ajeno.

Finalmente, logró articular:

—Buenos días, señora G-Yimballa. Soy Ladraán, inspector de colegios de la Federación. He inspeccionado la escuela de su hija. Me satisface…, ¡ejem!, poder decir que todo está en orden. Hamadrai se ha empeñado…

La joven le interrumpió, rozándole levemente una mano.

O-Yimballa estaba *hablando*. Es decir movía los párpados en secuencia rapidísima unas veces, con mayor lentitud otras.

Y Hamadrai habló luego. Dijo:

—Mamá está encantada de tenerle aquí. Dice que es usted…

—¿Qué?

La jovencita se ruborizó hasta las orejas. No se atrevía a hablar, pero los negros ojos de O-Yimballa la impulsaron a balbucir torpemente:

—Bueno, mamá… Mamá dice que…, que usted le gusta mucho. Que…, que es un hombre muy guapo.

A Ladraán le llegó el turno a su vez. Es decir, se sonrojó hasta alcanzar el tono de una cereza bien madura.

—Gracias… Yo diría que… Pero…

Los párpados de O-Yimballa seguían aleteando a ritmo velocísimo. Hamadrai desviaba la vista: indudablemente lo que su voluminosa madre estaba transmitiéndole la conturbaba intensamente.

Era una escena entre dramática y cómica, pues Ladraán —por cortesía— permanecía atento a seguir las expresiones de las dos mujeres, pero, a la vez, se sentía cada vez más tímido e inseguro.

Se produjo un silencio.

Hamadrai se retorcía las manos nerviosamente, O-Yimballa parpadeaba hasta el paroxismo y el inspector Ladraán aguardaba en una espera tensa y molesta.

Le sorprendió la brusca reacción de la joven. Porque Hamadrai giró sobre sí misma, pasó junto a Ladraán y caminó hacia el hogar, intentó coger un utensilio de cocina, se le cayó, lo recogió apresuradamente, lo limpió con un paño de algodón celeste y se esforzó en aparentar que estaba muy ocupada removiendo la comida que se cocía en la marmita de barro.

Ladraán repartía su atención entre la gordísima mujer que ocupaba el lecho de la derecha y la maravillosa jovencita que simulaba dedicarse enteramente a la pitanza que hervía en el fuego de la chimenea.

O-Yimballa se movió. Alzó un brazo tan grueso como los muslos del inspector de enseñanza de Xoonapyr y dio un tirón a la cuerda de pita que colgaba sobre su almohada,

Resonó un campanilleo tintineante, La cuerda que O-Yimballa había accionado iba a parar — recorriendo el techo— a la salita inmediata donde se encontraba Hamadrai, la cual se alzó vivamente sobre el lar al escuchar el sonido de la campana de bronce que colgaba de la chimenea.

Ladraán vio cómo la joven caminaba apresuradamente, pasaba junto a él y se inclinaba sumisa sobre el lecho donde permanecía postrada su madre.

Más nerviosa a cada momento, pero sin permitir que su voz temblara, dijo:

—Inspector Ladraán, mi madre quiere decirle algo.

El hombre de Xoonapyr se removió inquieto.

Y respondió:

—Tradúzcamelo, por favor.

—O-Yimballa ha dicho: «Hamadrai, sé que no me equivoco. Este hombre, Ladraán, debe ser tu esposo. No puedo equivocarme, lo sé. He visto en vuestros ojos el amor. Así que, hijos míos, os doy mi bendición. Y ahora, os lo ruego, venid a dar un beso a esta pobre inválida. Si pudiera, yo misma correrla hacia vosotros y os colmaría de caricias. Por que, no puedo ocultarlo, mi corazón está lleno de gozo.»

Ladraán jadeó de pura emoción.

Luego avanzó hacia el lecho de la venerable O-Yimballa y dobló la rodilla ante ella.

La mano izquierda de Hamadrai rozó la suya derecha y el contacto le produjo un indescriptible sentimiento placentero.

Y desde entonces…

CAPITULO III

Un rayo de sol color cobre encendido se coló a través de un ventanuco y bañó la estancia donde se encontraba el anciano Ladraán.

Inmediatamente, como si aquella señal estuviera conectada con un mecanismo automático, se oyó un largo y ululante toque de sirena que partía de las colinas de Fayalli. Era la final del toque de queda que regia en Xoonapyr y otras grandes ciudades Kungawaníes desde que, doce años atrás, el rebelde Faax se alzase con el poder absoluto.

Desde el atardecer al amanecer, las órdenes eran estrictas: ningún ciudadano —hombre mujer o niño— podía transitar las calles ni salir de sus casas sin ser detenido por los despiadados agentes de la policía de Faax *el único*. Quien estuviera a extramuros de la ciudad al toque de queda de! anochecer, ya conocía su suerte: pasar la noche a la intemperie expuesto al frío y a! peligro que suponían las manadas de lobos y otros animales carniceros que pululaban en las estepas que rodeaban la capital.

Aquella mañana, los miembros del anciano Ladraán estaban demasiado entumecidos.

—Me estoy haciendo viejo —rezongó con excelente sentido del humor, pues en realidad no era viejo, sino viejísimo: incluso había perdido la cuenta de los años ya cumplidos.

De todas formas, necesitaba ingerir algún alimento si quería vivir aún, el tiempo suficiente para ver libre a su hijo Wam-Ladraán.

Con gran esfuerzo e infinita paciencia, el anciano había logrado cavar un huertecillo en el gran patio del lazareto

Buscando aquí y allá durante años enteros, había conseguido encontrar algunas simientes que fue sembrando en su huerto y cosechando con toda la paciencia del mundo.

Ese era su sustento: unas hortalizas, unos tubérculos.

Por lo demás, el haber escogido el lazareto como retiro tenía sus ventajas: el miedo supersticioso de los demás, impedía que nadie penetrase en las ruinas y robase las humildes verduras que Ladraán cuidaba amorosamente, consciente de que el día que no dispusiera de aquellos vegetales moriría de hambre, irremisiblemente, pues nadie iría a llevarle unas migajas de pan a su refugio por temor a las

represalias, pues los sicarios de Faax vigilaban constantemente —aunque a cierta distancia— el lazareto para impedir que el antiguo profesor pudiese salir o comunicarse con alguien.

«Es como si estuviese encerrado, no voy a engañarme», se dijo, mientras arrancaba con cuidado un par de zanahorias.

Volvió al interior de! lazareto, hizo lumbre con unas maderas apolilladas y cortó las zanahorias a trozos, que arrojó luego a una marmita de barro.

Su mirada quedó fija en la vasija y nuevamente recordó a la dulce Hamadrai.

Había vivido con ella tiempos muy felices y entrañables. Hamadrai la había dado seis hijos e hijas, todos los cuales fueron pereciendo misteriosamente a los pocos años de edad.

¿Una enfermedad misteriosa, una infección desconocida, un mal congénito, un tóxico en la sangre de Hamadrai, en la suya propia...?

Por entonces, el inspector Ladraán poseía un gran prestigio y pronto fue nombrado catedrático. Su posición le permitía consultar a los mejores médicos, pero ninguno de ellos consiguió hallar solución a las misteriosas y tempranas muertes de sus hijos.

Hamadrai comenzaba a envejecer cuando dio a luz a Wam Ladraán. El día en que Wam vino al mundo, Hamadrai se pasó la jornada llorando.

—Morirá, morirá como los otros —se lamentaba con amargura.

—Ten confianza, esposa mía —respondía el paciente Ladraán—. He rogado a Hool que nos permita, al menos, conservar la vida de Wam. Estoy seguro de que esta vez...

Pero no había argumentos para mitigar la pena de Hamadrai, que murió pocos meses después de dar a luz a su último hijo.

A lo largo de varios días, la más negra desesperación atormentó a Ladraán.

Una amiga de Hamadrai hubo de hacerse cargo del niño, pues su padre le había olvidado por completo, desesperado por la muerte de su dulce compañera de tantos años felices.

Sin embargo, el profesor era un hombre voluntarioso y reaccionó al cabo. Hool debió reconocer su paciencia e interés, porque Wam superó

los primeros años de vida y creció sano y fuerte.

A Ladraán se le humedecían los ojos cada vez que contemplaba a su hijo. Wam tenía las mismas facciones de su madre, aunque desde el principio dio muestras de poseer un carácter tenaz y decididamente viril.

Wam creció y Ladraán se convirtió en un anciano.

—¡Alabado sea Hool! —murmuraba en ocasiones el viejo profesor —. Ha permitido que mis últimos años se dulcificaran con la presencia de mi querido hijo Wam.

Adolescente ya, Wam-Ladraán demostraba una admiración constante por todo lo militar. Se quedaba embobado contemplando las paradas de la guardia del presidente de la Federación, gustaba de vestir infantiles uniformes y construía con gran peripecia pequeños vehículos y máquinas de guerra.

Todo esto entristeció un poco a su padre, que deseaba que Wam eligiese —como él— el camino de la enseñanza como profesión para el futuro.

Sin embargo, no quiso torcer las inclinaciones del muchacho. Cuando, terminados sus estudios, Wam declaró que quería ingresar en la academia militar, Ladraán le entregó algún dinero y le bendijo amorosamente.

Los cursos de la academia eran durísimos, pero Wam-Ladraán superó todas las pruebas con facilidad, pues su vocación militar era definitiva.

A los diecinueve años, Wam abandonó la academia: era ya oficial. Sus calificaciones le permitían escoger un destino, y el hijo del profesor eligió un puesto en la guardia del presidente de la Federación.

Fue por aquellos días cuando se desató la maldición de Hool sobre todo Kungawan: la temible lepra contagiosa.

Faax-Yaderi había tomado por la fuerza el Centro de Abastecimiento de Emergencia situado en Phandalari y la plaga diezmaba cruentamente la población del planeta.

Cuando la situación se hubo hecho insostenible y desesperante, cuando muchos que no se habían contagiado preferían suicidarse antes de que la horrenda enfermedad hiciese presa en ellos, entonces, misteriosamente, la virulencia de la epidemia comenzó a ceder.

Fue ése el momento escogido por Faax para abandonar su reducto de Phandalari y atacar Xoonapyr. Para entonces, el cabecilla rebelde había engrosado mucho las filas de sus sicarios. Los más egoístas se inclinaron ante el que podía salvar los de una forma elemental: dándoles de comer.

El ataque a las colinas de Fayali se produjo poco antes del amanecer. Velocísimas aeronaves sobrevolaron el palacio presidencial y bañaron en gases tóxicos todo el perímetro. Ni siquiera hubo verdadera lucha: los guardias del presidente estaban enfermos o tan debilitados, que apenas tuvieron fuer zas para tomar las armas.

Sólo un oficial se resistió: Wam-Ladraán. El joven se encerró con el presidente en una de las dependencias de palacio y aguantó las acometidas de los rebeldes durante varias horas.

Desgraciadamente, su esfuerzo heroico resultó baldío, pues finalmente los esbirros de Faax destrozaron la puerta blindada con explosivos y penetraron en el reducto a sangre y fuego.

Al presidente de la Federación lo martirizaron salvajemente. Vivo todavía, le quebraron brazos y piernas y le arrastraron fuera de palacio y le exhibieron, desnudo, por toda la ciudad.

Durante toda la jornada siguiente se desató una horrenda orgía de sangre. Sistemáticamente, Faax, y los suyos fueron buscando a los personajes más influyentes de la Federación y los asesinaron, no sin haberlos martirizados de forma inhumana previamente.

Xoonapyr cayó en pocas horas. Y otro tanto ocurrió con las principales ciudades Kungawaníes, como Ashlandah, Lecapyr, Ruuma, Hallapyr y otras.

Al atardecer, Faax dominaba todo el planeta. Los militares más tibios, los descontentos y los cobardes, se unieron incondicionalmente a él, de forma que El Unico poseyó desde aquel día el poder absoluto.

Esa noche se dejó oír en Xoonapyr el primer toque de queda. Hasta entonces, los ciudadanos detentaban el derecho a circular libremente por todas partes. A partir de ahí, la durísima policía del tirano se encargaría de controlar todos los movimientos de la población.

Después del toque de queda se hizo un silencio empavorecedor. Si se miraba desde las atalayas del palacio presidencial, el panorama era espeluznante: numerosos edificios ardían aún y otros se desmoronaban sordamente, elevando columnas de humo, chispas y cenizas.

Cuando se apagaron los incendios, sólo pudo percibirse un sonido: los gritos, blasfemias y cánticos de los rebeldes, que celebraban su victoria emborrachándose y hartándose de comer en las numerosas estancias de palacio.

Al día siguiente, Faax convocó a la población el la Gran Plaza situada a los pies de palacio.

El tirano hizo su aparición finalmente en medio de un silencio sepulcral. Faax vestía fastuosas galas de seda fina y se adornaba con una aparatosa corona cuajada de piedras preciosas. Llevaba a la espalda una larga capa de piel de lobo curtida y pisaba sobre gruesas y valiosas pieles de animales exóticos, que alfombraban el «trono» que se había hecho instalar sobre un podio.

Después de pasear su mirada sobre las cabezas de los miles de famélicos ciudadanos que se habían congregado por la fuerza en la Gran Plaza, Faax hinchó sus pulmones de aire y gritó con voz tonante:

—¡Ciudadanos de Kungawan! A partir de hoy mismo, quedan derogadas todas ¡as leyes anteriores y anulada toda autorización que no sea la mía. Yo seré el nuevo legislador. He aquí mi primer mandato: todos los ciudadanos Kungawaníes acatarán y reverenciarán a Faax *el Unico*, emperador de este planeta.

Su voz era tan engolada y su actitud tan ridícula, que inmediatamente se oyeron algunos silbidos entre la masa.

La reacción fue terrible: los esbirros de Faax buscaron a los silbadores, los hallaron y los ejecutaron en medio de la plaza, ante las miradas aterrorizadas de hombres, mujeres y niños.

De esta forma, Faax implantó el terror y la tiranía sobre la superficie entera del planeta.

Pero ¿y Wam? ¿Qué había sido de Wam-Ladraán, el joven y leal oficial de la guardia presidencial?

Cuando los sicarios de Faax se llevaron el cuerpo despedazado del presidente, Wam yacía en el suelo, ensangrentado y exánime.

Alguien le hizo volver en sí a bofetones.

—¡Levántate, cucaracha! ¡Te encuentras en la presencia de tu señor, Faax *el Unico*! —le gritaron.

En efecto, allí estaba Faax, erguido ante el derrotado Wam, contemplando con desprecio al oficial que sostenían en pie dos de los

rebeldes.

No tenía muchas fuerzas Wam, pero reunió las que le quedaban para escupir al usurpador.

Faax palideció.

Alzaba ya el sable de oro que había robado de una vitrina, pero se contuvo.

—¿Qué esperas para asesinarme? —clamó Wam, rabioso—. ¡Hazlo de una vez! Al fin y al cabo, sólo sería un crimen más en tu camino.

Faax sonrió pérfidamente.

Jadeó.

—No, no te mataré, Wam-Ladraán. Me has ofendido gravísimamente y debes pagar por ello. ¡Lleváoslo! Yo decidiré más tarde lo que haya que hacerse con él.

Le arrastraron, malherido como estaba, y le trasladaron a algún lugar profundo y maloliente.

Y, sencillamente, se olvidaron de él.

El oficial Wam-Ladraán llevaba preso doce años.

Bueno, nadie sabía a ciencia cierta si estaba vivo o muerto.

Pero en el fondo de su corazón, su padre sabía que Wam estaba vivo.

«Mi hijo no puede morir —se repetía el anciano, tenaz—. Su sino es la vida, no la muerte. Wam sobrevivió a sus hermanos, creció sano y fuerte contra toda esperanza. ¡No puede estar muerto, yo *sé* que vive!»

CAPITULO IV

Las horas diurnas transcurrían con lentitud desesperante para el venerable Ladraán.

Para otro hombre menos paciente, la vida se hubiera tornado insoportable.

—Doce años ya —murmuraba, mientras trajinaba en su humilde huerto—. Doce años, sin la presencia entrañable de Wam, doce años de soledad y encierro, doce años de miserias y tristezas. Doce años.

Llevaba tanto tiempo sin ver a una persona, que incluso había olvidado el perfil de las facciones humanas. Para no perder esta memoria, Ladraán sacaba trabajosamente un cubo de agua del profundo pozo que había en su huerto y se contemplaba a si mismo largas horas en la superficie líquida.

Qué viejo era ya. Los cabellos blancos, la faz apergaminada y cruzada de centenares de arrugas... Pero sus ojos seguían teniendo brillo, movimiento, vida.

Ladraán temía, en ocasiones que sus facultades mentales estuvieran degenerando ya. Pero no había tal. Una prueba de ello era su increíble memoria: recordaba paso a paso, segundo a segundo, todos los aconteceres de su vida.

Recordaba, por ejemplo, la visita que hizo a Faax *el Unico* para interesarse por la suerte de su hijo. En aquella ocasión, los pretorianos del tirano le tomaron brutalmente por las vestiduras, le arrojaron al suelo y le patearon sin misericordia. Pero cuando protestó débilmente y se dio a conocer, los guardias cambiaron de actitud.

—¡Quietos! —gritó uno de ellos—. No le golpeéis más. Es el padre del Hijo de las Tinieblas.

Y le alzaron del suelo con cuidado, sacudieron sus ropas de polvo y le llevaron sin violencia a la antesala del trono de Faax.

El tirano se divirtió largo rato bromeando con el venerable Ladraán. Primero fingió no recordar a Wam, pero al final declaró:

—Ahora recuerdo. Debe ser ése al que mis súbditos llaman Hijo de las Tinieblas. ¿Wam, Wam-Ladraán?

El anciano estaba dispuesto a todo para recuperar a su hijo. De modo que se arrodilló ante Faax y suplicó:

—Te lo ruego, libérale. Tómame a mí en su lugar. Yo soy ya viejo y para nada sirvo. Pero Wam...

Faax sonrió.

—Sea —pronunció, inesperadamente—. Ve. Búscale y rescátale.

—Pero...

—La palabra de Faax *el Unico* es ley. Ve, venerable Ladraán, y encuentra a tu hijo. Daré órdenes a mis guardias de que te permitan discurrir libremente por mi palacio. Si hallas a tu hijo, tómale y llévatelo.

El rostro del anciano se iluminó.

—Aún hay esperanzas —se dijo, recobrando el ánimo—. Al fin y al cabo, el tirano no es tan inclemente como se dice.

Faax le contemplaba con una leve sonrisa bailando en sus delgados labios.

—¿Qué esperas?

—No sé por dónde empezar, señor. ¿Por dónde he de buscarle?

El tirano sonrió ladinamente.

—Tengo entendido que el Hijo de las Tinieblas se encuentra en algún lugar de este palacio. La cosa es fácil: sólo tienes que buscarle. Ahora, no me importunes más y ve en busca de tu hijo. Ambos seréis libres en cuanto lo encuentres.

Ladraán se alzó del suelo tembloroso. Y ante la mirada burlona del tirano, abandonó el salón del trono.

En efecto, los guardias le miraban un momento con curiosidad, pero nadie le detuvo.

¿Dónde se encontraba Wam Ladraán?

Indudablemente, en los subterráneos del palacio. Según tenía entendido Ladraán, las tres colinas sobre las que se asentaba la fastuosa sede de Faax —el palacio Fayali— estaban minadas por una infinidad de galerías, aposentos, almacenes y pozos.

—Va a ser muy difícil, pero no desmayaré —se propuso el anciano.

En aquel momento no tenía una idea muy clara de lo dificultoso de su tarea. Indeciso, optó por acercarse a uno de los guardianes. Tembloroso, pero decidido, preguntó dónde podría encontrar al Hijo de las Tinieblas (pues la experiencia próxima le demostraba que así era como llamaban en Fayali a su hijo).

El guardia le miró, sarcástico:

—¿El Hijo de las Tinieblas dices, anciano? Debe estar en algún lugar de este palacio, pero nadie sabe dónde exactamente. Acércate. Mira este plano. Puede servirte de ayuda.

Había un enorme plano en el cuerpo de guardia. Una gran lámina de cartulina impresa y enmarcada que colgaba del muro.

Tras examinarla durante unos instantes, el antiguo profesor se sintió decepcionado.

«Es peor que un laberinto, peor que descifrar un criptograma», pensó.

Centenares de corredores subterráneos, salas, almacenes, pasadizos, escaleras, pozos…

De todas formas, Ladraán amaba demasiado a su hijo como para rendirse de buenas a primeras.

Así que permaneció durante largo rato ante el plano, estudiándolo minuciosamente, tratando de grabarlo en su mente.

Y luego abandonó el cuerpo de guardia, recorrió un largo pasillo, descendió una escalera de caracol.

Buscaba, buscaba desesperadamente.

Diez días más tarde, los pretorianos le hallaron desvanecido al borde de la boca de un profundo pozo.

Le reanimaron y le llevaron a presencia de El Unico, el cual se burló de él sangrientamente.

—¡Pobre viejo! Ni siquiera vales para rescatar a tu hijo —le escupió.

Y la soldadesca le arrastró hasta la Gran Plaza, le corrieron a pedradas durante varias horas, hasta que finalmente—malherido y maltrecho—, Ladraán halló cobijo en el antiguo lazareto, de donde no volvería a salir en tantos años.

Pasó el tiempo. Ladraán suspiraba por la ausencia de su único hijo vivo, pero también maquinaba planes para llegar al palacio Fayali y rescatar a Wam.

Sin embargo, nunca le dejaron salir del lazareto. Ladraán no podía ver a las hienas que le vigilaban día y noche, pero había sufrido en propia carne su osadía al intentar abandonar el refugio en ocasiones anteriores. Una vez estaba en lo alto del muro, cuando un dardo de acero se hincó en su hombro. El dolor fue tan intenso que Ladraán cayó de lo alto y chocó contra el suelo desde cuatro metros de altura. Quedó inconsciente. Cuando volvió en si supo que se había partido la pierna izquierda. Pero él mismo se la entablilló. Al cabo de unos meses sanó. O al menos aún pudo caminar lentamente, aunque la humedad del lazareto le obligase a permanecer tumbado horas y horas.

Faax no pretendía matarle. El tirano tenía un designio: que Ladraán, padre del Hijo de las Tinieblas, muriese lentamente, desesperado ante la imposibilidad de rescatar al querido Wam.

A medida que transcurrían los años, Ladraán iba siendo consciente de que él jamás lograría rescatar —personalmente— al Hijo de las Tinieblas.

¿Por qué le llamaban así los pretorianos de Faax? En realidad, el antiguo profesor lo ignoraba. Quizá porque le mantenían encerrado en la más densa oscuridad...

Pero Ladraán era paciente. Esa era su principal virtud: sabía aguantar, esperar contra toda esperanza.

Actualmente, el único sentido de su vida era Wam. Mientras el Hijo de las Tinieblas alentase, Ladraán tenía motivos para vivir. Después...

A mediodía, el anciano reposó un rato.

Hacía calor, mucho calor, y se sentía fatigado después de cavar en su huerto durante toda la mañana. Fue a su covacha, extendió el jergón y se dejó caer pesadamente a la sombra.

Los insectos volaban sobre él y zumbaban sin descanso. Luego comenzaron a salir las ratas de sus ocultas madrigueras y husmearon aquí y allá en busca de los residuos del almuerzo de Ladraán. Pero ninguno de los roedores se acercó al anciano inmóvil que reposaba respirando tenuemente.

Ladraán fue adormeciéndose lentamente.

Entre sueños, todavía especulaba con la posibilidad de rogar a sus ocultos vigilantes que le permitieran subir a Fayali y entrevistarse con Faax para rogarle de rodillas que liberase a su hijo.

Pero incluso el duermevela de la canícula, el anciano profesor era consciente de lo disparatado de sus propósitos: Faax *el Unico* no perdonaba, Faax era inmisericorde, duro de corazón, pura roca inconmovible.

Sólo tenía que recordar las hazañas del tirano, poco después de que se autocoronara en el podio de la Gran Plaza. Faax contaba con dos lugartenientes incondicionales. Uno de ellos era Neib-Tati, un militar descontento y sedicioso. El otro, un ingeniero llamado Lam-Agotti.

Los dos eran fieles como perros para con el tirano. Pero estos dos individuos eran demasiado inteligentes para que Faax se sintiera seguro. En cuanto comprobó que Neib-Tati y Lam-Agotti podían hacerle sombra, decidió asesinarlos.

Lo hizo con discreción, para impedir que aquellos dos horribles crímenes creasen malestar entre los militares y los pretorianos de su guardia personal, pues era evidente que tanto Lam-Agotti como Neib-Tati eran absolutamente leales a la causa del tirano.

Así pues, contrató sigilosamente a un grupo de facinerosos de entre los que él mismo había liberado de las cárceles y les dio la consigna.

Sus dos lugartenientes fueron hallados muertos a la mañana siguiente. Todo parecía indicar que habían peleado a muerte entre sí, celosos el uno del otro en su relación con Faax. Los médicos que examinaron los cadáveres respaldaron esta opinión: Neib y Lam habían peleado a muerte y se habían inferido mutuamente tan graves heridas, que ambos habían sucumbido tras una larga y terrible agonía (se veían rastros de sangre sobre las losas, lo que venía a señalar que ambos, malheridos, habían intentado encontrar auxilio).

Tal fue la versión oficial de los hechos. Pero en secreto se murmuraba la verdad: Faax se había deshecho astutamente de las dos únicas personas que podían hacerle sombra como emperador de KingaWam.

En estos soliloquios, Ladraán fue dejándose vencer por el sopor y el sueño le rindió totalmente.

Debió dormir durante largas horas, pues cuando se despertó era de noche y todo estaba en tinieblas.

Al principio, imaginó que se había despertado de forma natural, pues había descansado largamente, pero en seguida comprendió que su sueño se había interrumpido por distinto motivo.

En efecto, más allá de los muros del lazareto resonaban los ladridos de una jauría de sabuesos. Sonaron también algunos gritos excitados y hubo un rumor de piedras que se despeñan desde lo alto de uno de los derruidos muros.

Luego las voces cesaron y los ladridos se alejaron y volvió el silencio.

Puesto que era de noche y debía haber sonado el toque de queda, Ladraán resolvió quedarse en el lecho, aunque estaba seguro de que no podría dormir ni un instante durante el resto de la noche.

Se sentía un tanto inquieto y se preguntaba constantemente qué era lo que había ocurrido fuera.

Se incorporó levemente al oír aquel jadeo. ¿O era un lamento estrangulado?

Aguzó el oído y oyó nuevamente un quejido próximo.

Aunque sabía que se exponía mucho, Ladraán se alzó del lecho y salió de su covacha.

A medida que avanzaba, los lamentos se percibían más próximos, señal de que el anciano avanzaba en dirección correcta.

Era en el límite sur de las ruinas, allá donde se alzaba un gran montón de escombros.

—¿Quién anda ahí? —susurró Ladraán.

Y le asustó el eco de su propia voz.

Nadie respondió. Tomó el silencio.

Ladraán sentía temor. ¿No sería una trampa de sus vigilantes para atraparle en la oscuridad y asesinarle impunemente?

Alejó esta idea: no era lógico que Faax le hubiera permitido vivir hasta entonces para asesinarle en secreto.

Nuevamente se dejó oír un débil quejido.

«¡Una mujer! Una mujer malherida», pensó el anciano, sorprendido.

Se echó a tierra y avanzó lentamente en la dirección de la que provenían los ayes. Al pie de la montaña de escombros, Ladraán palpó y sus dedos rozaron un cuerpo tibio.

Sangre. Los dedos tocaban sangre tibia y viscosa.

Los ojos del viejo profesor, habituados a las tinieblas nocturnas, entrevieron la silueta de la persona caída.

No se había equivocado. Era una mujer, una mujer muy joven, con las ropas deshechas en jirones, malherida semidesnuda.

--¿Quién eres tú? —susurró al oído de la mujer.

Y aquélla respondió:

—Wamaika... Wamaika-Ly, profesora del colegio Dundrah... Me han... perseguido..., acosado... Me han...

Debió perder el conocimiento, pues a partir de ahí Ladraán no consiguió arrancarle una palabra.

Perseguida, acosada. Una víctima más del sanguinario Faax *el Unico*, evidentemente.

Ladraán era muy viejo y tenía pocas fuerzas, pero la noche era larga y podía tomarse tiempo para descansar y recuperar la respiración. Porque Ladraán sabía ya lo que tenía que hacer: auxiliar a aquella pobre muchacha.

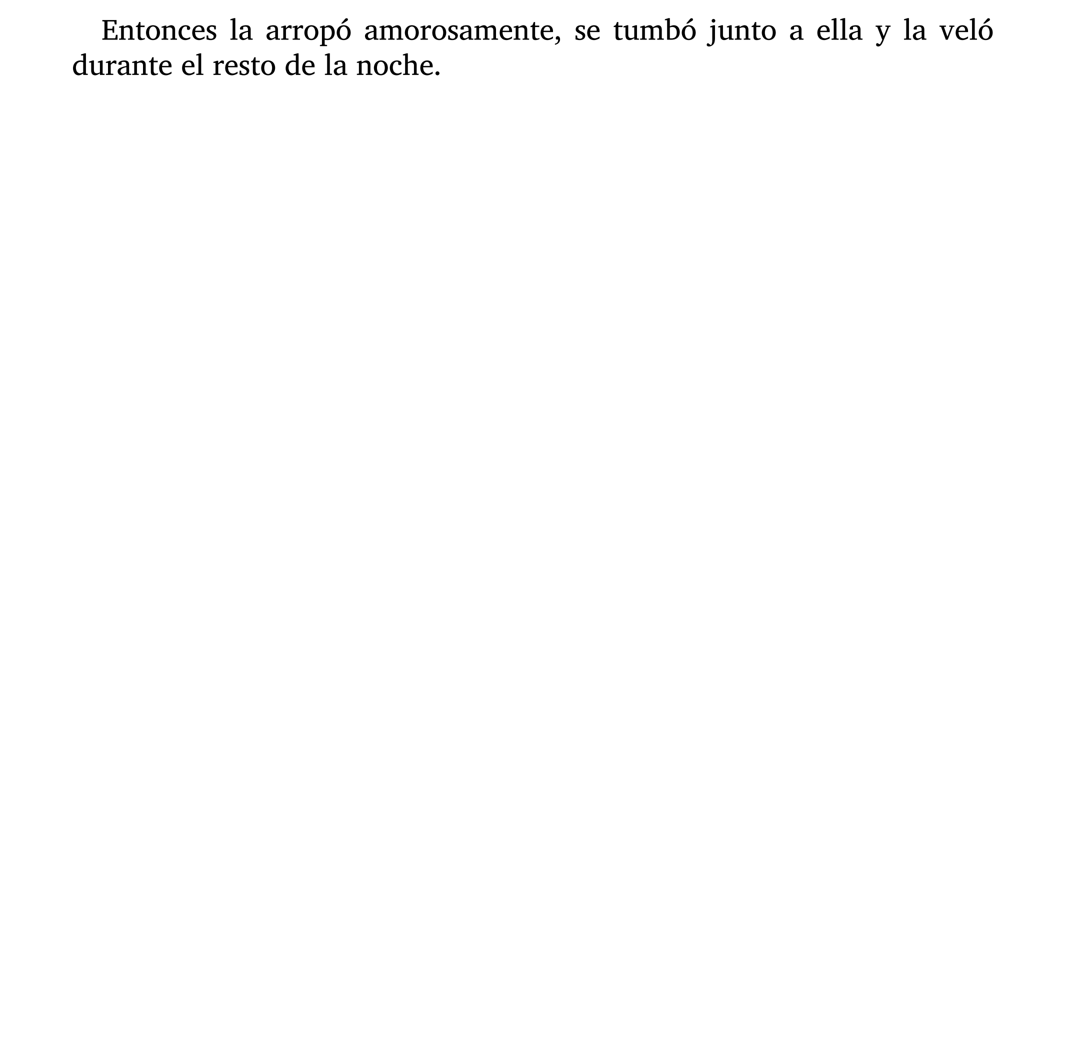
Fue un trabajo duro, penoso, lleno de dificultades. Primero consiguió colocar a Wamaika-Ly sobre una manta, después tiró de un extremo y la arrastró unos centímetros. Se fatigaba, volvía a tirar. Y así durante más de una hora, hasta que logró llevar a la desvanecida joven hasta su covacha.

No tenía con qué alumbrarse. Además, hubiera sido una locura prender fuego a unas astillas, pues los sicarios de Faax vigilaban día y noche las ruinas del lazareto.

Tras vacilar unos instantes, el anciano palpó el cuerpo de Wamaika-Ly y halló que no tenía ningún hueso quebrantado.

Buscó en algún oculto rincón unos jirones de tela y enjugó la sangre del rostro, los hombros y las piernas de la joven. Escuchó su respiración después y se tranquilizó al comprobar que Wamaika respiraba suave y rítmicamente.

Entonces la arropó amorosamente, se tumbó junto a ella y la veló durante el resto de la noche.



CAPITULO V

Al amanecer, los secuaces de Faax empezaron a buscar a la fugitiva.

Subieron hasta lo alto de los descarnados muros, husmearon, espiaron, escrutaron todos los rincones del lazareto, pero no se atrevieron a penetrar en el recinto, pues en sus mentes estaba todavía fresco el recuerdo de la epidemia de lepra que doce años atrás eliminara a la mitad de la población Kungawaní.

Al cabo, frustrados y rabiosos, se retiraron —con el rabo entre las piernas— a sus habituales puestos de vigilancia situados en lo alto de los edificios próximos.

Luego sonó el alarido de sirena que anunciaba el final del toque de queda. Pero Ladraán no se movió.

Contemplaba, fascinado, el bellísimo rostro de la mujer que tenía a su lado.

En principio, aquella explosión de belleza le disgustó.

Wamaika Ly era la justa antítesis de Hamadrai, la bella y dulce esposa muerta largos años atrás.

Hamadrai era dulce, suave, puro terciopelo, seda, mansedumbre. Por el contrario, Wamaika era una hembra rotunda, atractiva, pero de facciones agresivas y belicosas, desde los rojos cabellos, hasta la amenazadora barbilla, pasando por ¡as arqueadas cejas, la nariz respingona, los gruesos labios, el rictus decidido de las mandíbulas...

Pero, en conjunto, era una mujer hermosísima y proporcionada.

Wamaika abrió los párpados, los movió repetidamente, aspiró aire a través de la nariz, plegó los labios y... Ladraán puso una mano sobre su boca y la previno:

—Silencio. Si gritas, los perros de presa de Faax nos matarán a ambos.

Al cabo, retiró los dedos cuando ella asintió, comprensiva.

—No te muevas —susurró el anciano—. Nos vigilan y probablemente pueden ver el bulto de nuestros cuerpos, pero yo te tapo con el mío, de modo que creen que sólo yo estoy aquí. Tranquilízate. Estás viva. Eso es lo que cuenta.

La respiración de Wamaika se aceleró, pero el viejo susurró algunas palabras a su oído y la muchacha fue tranquilizándose poco a poco.

—He restañado tus heridas y comprobado, que no padeces mayor quebranto que una buena paliza, arañazos y hematomas por doquier. Tienes hambre, lo sé. Y yo también. Pero aún no ha llegado la hora de saciar nuestro apetito.

—Pero…

—Silencio. No te muevas. Y escúchame: ahora el sol fuerte penetra por esa abertura e ilumina claramente el bulto que forman nuestros cuerpos. Dentro de dos horas, el sol girará y esta zona quedará en penumbras. Entonces habrá llegado el momento de ocultarte en lugar seguro.

—¿Dónde? —susurró Wamaika, parpadeando a la viva luz del sol.

Antes de responder, el anciano alzó la raída manta y veló los rojos cabellos de la mujer.

—¿Has oído hablar del lazareto Hangaphi? Ahora estamos en él. —Wamaika sufrió un leve estremecimiento epidérmico—, Pues bien ellos, los esbirros de Faax, no se atreven a penetrar aquí, pero tirarían a matar sobre ti si saben que estás conmigo, ¿vas entendiendo? —Un aleteo medroso de los párpados de Wamaika—. Pero todo irá bien si logras controlar el miedo y me obedeces.

—Sí —susurró la mujer. Y volvió a estremecerse.

—Bien. Cuando llegó la lepra, el director del lazareto ordenó que se construyese una fosa séptica con el fin de que las aguas fecales no fueran a parar a la red de cloacas. Se evitaba así el riesgo de que la epidemia se extendiese más y más, ¿comprendes?

Nuevo asentimiento por parte de la joven. Ladraán continuó:

—Pues bien: aquél es el único sitio seguro para ti.

Wamaika quiso incorporarse vivamente, pero el anciano lo impidió con increíble energía.

—Te ruego que no seas estúpida. Si no quieres morir, debes obedecerme al pie del la letra.

Sostenía férreamente a la mujer impidiéndole todo movimiento. Y añadió:

—Sé que sientes pánico. Imaginas que esa fosa séptica contiene la muerte por infección, por contagio, ¿verdad?

—Sí —musitó ella.

—Te equivocas. El depósito está abierto, porque yo mismo retiré la losa que lo tapaba. Y las altas temperaturas del mediodía han desecado por completo la fosa. No hay ningún peligro. La plaga cesó. La lepra ya no existe.

Pero Wamaika se estremeció bajo la manta.

—No puedo creerlo. Todavía queda el recuerdo de aquella horrible mortandad. No puedo hacer lo que...

Ladraán la aferró por una muñeca.

—Perecerás si te dejas arrebatar por la histeria, Wamaika-Ly —susurró con dureza—. Óyeme: yo llevo doce años viviendo aquí. ¿Crees que estoy infectado?

La joven olfateó el aire a su alrededor, miró fijamente el rostro surcado de arrugas.

—No, no estás infectado. Este lugar no huele muy bien, pero tú tienes un aspecto limpio y digno —confesó.

El anciano sonrió levemente.

—Eso va mejor. Veo que vas entrando en razón. Aguarda. Yo cuidaré de ti. El sol gira en el firmamento. Dentro de una hora, nos envolverá la penumbra. En ese preciso instante, nos levantaremos. Yo iré contigo hasta la fosa y después saldré al huerto y haré lo que hago todos los días, con el fin de que los vigilantes de Faax no adviertan nada anormal en mi conducta —expuso sabiamente—. Después prepararé comida y te la llevaré. No temas.

Wamaika asintió, agradecida.

La presión de la mano de Ladraán sobre la muñeca de la joven cedió considerablemente.

—Tendrás que aguardar unos días. Estás quebrantada, herida, extenuada. Yo me ocuparé de que recuperes tus fuerzas. Entonces, cuando tú decidas, podrás marcharte —susurró Ladraán, satisfecho de sí mismo, pues había dado muestras de poseer una energía que ni él mismo hubiera sospechado.

—Gracias —respondió Wamaika, reconfortada por la seguridad que el anciano ponía en sus palabras.

Callaron durante unos minutos. En el aire zumbaban los insectos y el calor comenzaba a hacerse insoportable bajo la manta, de forma que ambos —joven y anciano— rompieron a sudar copiosamente.

—Ya lo sé —dijo Ladraán—. El sudor llena tus heridas y sufres un intenso escozor. Pero cuando estés en la fosa, yo te llevaré agua fresca y podrás lavarte y restañar tus heridas.

La franja de sol se había retirado medio metro. Al cabo de unos minutos, Ladraán avisó:

—Debes estar prevenida. Dentro de un momento, la penumbra será total. Aunque estén vigilando este lugar sin pestañear, durante unos segundos los perros de Faax no podrán ver nada. Nos levantaremos cuando yo te lo diga.

Sólo un minuto transcurrió antes de que el anciano susurrara:

—¡Ahora!

A Ladraán le fallaron las rodillas, pero Wamaika le tomó por un brazo y le ayudó a incorporarse. Inmediatamente. Ladraán caminó hacia el fondo de la nave y la joven corrió en pos de él.

Poco después, Ladraán regresaba a su covacha.

«Vaya —se dijo de buen humor—. No he tenido tiempo para aburrirme en toda la noche.»

Metódicamente, repitió los gestos de cada mañana. Fue al huerto, sacó agua del pozo, se contempló unos instantes en la lámina líquida, se aseó, cortó algunas hortalizas y arranca unas patatas. Después regresó a la covacha, encendió fuego, limpió y cortó los vegetales y los echó en la marmita de barro

Trasladarse a la fosa séptica no suponía ningún peligro, pues los sicarios de Faax no podían verle: el alto muro les impedía la visión.

Cuando la comida estuvo lista, comió lentamente, pera dejó la mitad de la pitanza para llevársela a Wamaika, junto con unos trapos y un cubo con agua limpia y fresca.

Con un pedazo de cuerda bajó agua y comida hasta el fondo de la fosa, donde la joven suspiraba tenuemente.

—Lávate, cura tus heridas con esas hojas verdes, come y duerme durante todo el día. Al anochecer podrás salir de ahí y reunirte conmigo —dijo a Wamaika.

Desde lo hondo, ella murmuró unas palabras de agradecimiento y Ladraán se alejó discretamente.

Hacia mediodía, la temperatura era tan alta que el anciano —aunque magro y fibroso— sintió todo su cuerpo empapado de sudor. Había llegado el momento de abandonar sus tareas cotidianas y dejarse caer sobre la yacija, hasta que el sol declinara y decidieran los rigores de la canícula.

Antes de abandonarse al descanso, Ladraán caminó entre las ruinas y dirigió una ojeada al cubículo donde se ocultaba Wamaika-Ly.

La muchacha yacía sobre el fondo de la antigua fosa séptica del lazareto Hangaphi. Completamente desnuda, Wamaika dormía profundamente, aunque de cuando en cuando leves estremecimientos recorrían su epidermis.

«Es preciosa —pensó Ladraán—. Justamente la mujer que yo escogería para esposa de mí hijo Wam.»

También él se estremeció al compás de estos pensamientos, cansinamente, cojeando —los huesos de su pierna derecha habían soldado, pero la cojera quedó para siempre— se arrastró hasta su covacha, se derrumbó sobre el jergón y durmió durante cuatro horas.

Sin embargo, cuando Wamaika despertó, el sabio Ladraán se había alzado ya y trajinaba en su huerto.

Escrupulosamente, el anciano había llevado a cabo todos los actos que repetía en una jornada normal. Y esto con un solo objetivo: impedir que sospecharan sus vigilantes, siempre ojo avizor desde las alturas.

Al atardecer, pues, despertó Wamaika. Aunque había comido hasta hartarse por la mañana, nuevamente sintió hambre.

Tras una cierta vacilación, escaló los peldaños del foso y se asomó al exterior. No vio a Ladraán: la larga galería que terminaba en la fosa séptica aparecía desierta.

Wamaika era consciente de que su deber era permanecer oculta: Ladraán se lo había advertido taxativamente. Sin embargo, la ansiedad no le permitió mantenerse inactiva, de modo que finalmente saltó, temeraria, fuera de su escondrijo, avanzó cautelosamente unos pasos y

atisbo a través de un hueco abierto en el ancho muro.

Lo que vio le produjo una gran estupefacción: Ladraán se hallaba a unos cuarenta metros de distancia, al otro lado del pequeño huerto. Sobre los derruidos muros, se posaban hasta una docena de enormes buitres de cuatro metros de envergadura de punta a punta de las alas. ¡Y Ladraán estaba acariciando a una de las peligrosas aves cañoneras!

Peligrosas, sí, pues los buitres de las estepas atacaban a cualquier animal vivo —hombre o bestia— si les faltaba la pitanza en forma de carroña.

A pesar de lo cual, la descomunal rapaz se dejaba acariciar las duras plumas por la mano callosa del anciano.

Wamaika permaneció unos minutos en su puesto de observación. Inmóvil, muda, con la incredulidad reflejada en sus bellos ojos azules.

«¡Increíble! —murmuró al fin, pasmada de asombro—. Pero absolutamente real.»

Al fin, consciente del peligro que corría y reparando de pronto en su total desnudez, volvió sobre sus pasos, descendió a la fosa, se vistió sus ropas destrozadas y aguardó con impaciencia.

Antes de que el sol se ocultara, Ladraán abandonó sus tareas —había estado regando sus plantas con gran esfuerzo— y volvió a su covacha.

Preparó ensalada abundante, comió despacio y placenteramente, reservó una gran porción de comida para Wamaika y se encaminó a la madriguera de la muchacha.

Cuando Ladraán supo por boca de Wamaika que ésta le había estado espiando aquella tarde a través del hueco del muro, el anciano se encrespó.

—Merecías que te denunciara a los esbirros que se han pasado toda la mañana buscándote —murmuró.

Wamaika-Ly se estremeció de pánico.

Pero Ladraán no insistió y poco después se le había pasado el enfado. En realidad, sólo pretendía asustar a la muchacha y conseguir que se comportara con toda prudencia.

Y cuando las sombras de la noche cayeron sobre el lazareto Hangaphi…

CAPITULO VI

Las viejas mantas no bastaban para evitar el frío intenso, pero Wamaika rodeaba al anciano con sus brazos y ambos generaron el calor suficiente para conseguir un mínimo de bienestar.

—Y ahora, veamos... —susurró el anciano—, ¿Cuál es exactamente tu crimen, Wamaika-Ly?

Afuera graznó alguna de las aves que se cobijaban en los altos muros descarnados. Wamaika se agitó en un estremecimiento, pero Ladraán la calmó con sus sabias palabras.

—No hay nada que temer. Al menos, durante la noche. Aquí estás a salvo. Vamos, háblame de ti. La noche será larga, pues ambos hemos dormido durante el día. Así que pasaremos el tiempo charlando. Di —instó Ladraán.

En la oscuridad, se oyó la risita de la joven.

—¿Mi crimen, dices? ¿Acaso no conoces a Faax? Desde el principio, prohibió toda clase de enseñanzas que no fueran las elaboradas por el grupo de sus lacayos. Es decir, en las escuelas había que impartir la *historia* que le convenía al tirano. Se presentaba como el héroe que había aniquilado a una sociedad corrompida, como el salvador que había conseguido vencer a la lepra y atender a los supervivientes. Todo falso, hipócrita y tendencioso. Al principio, cuando obtuve una plaza de profesora en el colegio Dundrah (donde se *educa* la élite de los esbirros de Faax), no tuve otra opción que impartir enseñanza de acuerdo con las órdenes del dictador, pero en cuanto tuve ocasión narré la verdad a mis alumnos. Los chiquillos acusaron a sus padres del engaño en que les habían mantenido... Wamaika calló un instante. En el silencio, pudo escuchar los latidos atropellados de su propio corazón.

—La reacción de los padres fue violentísima —continuó, al cabo—. Denunciaron al director del colegio y la policía se presentó en las clases, al día siguiente. Detuvieron a dos docenas de profesores, entre los que yo me encontraba, y nos trasladaron en un vehículo al palacio Fayali. Comparecimos ante el jefe de policía, Akker-Nyana, y algunos de sus hombres nos hicieron objeto de malos tratos. De todas formas, durante casi una hora mis compañeros me protegieron. Luego... Bueno, sometieron a los varones a atroces torturas y uno de ellos me

denunció…

Transcurrieron unos minutos de silencio. Luego, Ladraán inquirió:

—¿Qué ocurrió a continuación?

—A los demás, los pusieron en libertad y a mí me hicieron comparecer ante el propio Faax *el Unico* —la voz de Wamaika se había tornado vibrante, colérica—. Si al principio temí que me sometieran a terribles tormentos, luego me convencí de que el propósito del tirano era otro: en resumen, sólo pretendía que me retractara en público. Yo debía confesar que había mentido a mis alumnos con el fin de desprestigiar al colegio Dundrah y a su director, al que yo odiaba y envidiaba por la importancia y prestigio de su cargo. Pura farsa, como puedes apreciar.

—Y tú te negaste…

—¡Naturalmente! —exclamó Wamaika, segura de sí misma—. Desde que tuve uso de razón, sólo odié a una persona: a Faax, al perverso ser que gobernaba con crueldad y deformaba las mentes de los ciudadanos de Kungawan.

—La reacción de Faax sería terrible —sugirió Ladraán, experimentando una viva admiración hacia la muchacha que susurraba a su oído.

—Te equivocas, aunque confieso que yo misma esperaba temerosa, una reacción violenta. Faax se limitó a acariciarse el mentón, pensativo. Luego sonrió ladinamente y dijo: «No tengo prisa. Al final, te plegarás a mis deseos. Yo he logrado doblegar a otros más duros que tú.» Seguidamente, dos de sus esbirros penetraron en el inmenso salón, me tomaron por la fuerza y me condujeron a un calabozo.

Nueva pausa por parte de Wamaika. Ladraán percibió su agitada respiración.

—¿Y después? —preguntó el anciano.

—Nada. No sucedió nada. O mejor dicho, sí: me abandonaron totalmente. No me dieron de comer ni de beber, ni siquiera una manta. Durante siete días, la puerta permaneció cerrada y yo no pude percibir el menor rumor a mi alrededor.

—Fuiste muy valerosa.

—Me había propuesto no claudicar, pero cuando las fuerzas me abandonaron, reflexioné. Sé que Faax es inteligente, pero no es el

primer cerebro, ni tampoco el único. Yo debía ser más inteligente y astuta que él si quería abandonar Fayali viva. Así que urdí un plan y lo llevé adelante rigurosamente.

—¿Qué clase de plan? —dijo Ladraán, más admirado a cada momento.

—Lo sabrás todo, punto por punto. Lo primero que hice fue gritar y gritar hasta enronquecen Llamé a voces a los guardianes, aseguré a pleno pulmón que estaba dispuesta a claudicar. Así y todo, la puerta no se abrió sino varias horas después.

—Y te llevaron a presencia de Faax...

—No. El tirano no se molesta por cualquier cosa. Primero me condujeron a las dependencias policiales, donde se encontraba el jefe Akker-Nyana. Este me interrogó por espacio de dos horas. Repetí una por una la lección que me había propuesto recitar: estaba arrepentida. Solicitaba una entrevista con Faax *el Unico*, al que me proponía reverenciar y solicitar el perdón. A cambio, me desdeciría en público, expondría que había mentido sobre Faax y su régimen sólo con el fin de vengarme del director del colegio Dundrah. Finalmente, Akker-Nyana quedó convencido. Me dieron de comer y de beber cuanto quise, pero mi entrevista con Faax no se produciría hasta la mañana siguiente...

—Imagino que el tirano te escucharía hinchado como un pavo real...

—Imaginas bien, Ladraán. Sonrió de oreja a oreja cuando me arrojé a sus pies y le supliqué. Entonces ordenó al jefe de policía y a sus guardias de corps que se retirasen. Era justamente lo que yo había esperado...

—No comprendo —susurró Ladraán—. ¿Qué quieres decir?

—Pues verás, lo único que yo me proponía era recuperar mis fuerzas y hallar la ocasión propicia para escapar, pues de ninguna forma pensaba desdecirme en público. Faax exultaba de gozo cuando... ¡salté hacia la ventana más próxima y me descolgué por la rama de un árbol hasta el suelo!

El anciano suspiró, pasmado. Y dijo:

—Fuiste temeraria, Wamaika-Ly. Pudiste matarte. Tengo entendido que las estancias privadas de Faax están situadas en las últimas plantas del palacio Fayali.

—Así es. Permanece en lo más recóndito de la fortaleza, porque

Faax, en el fondo tiene miedo. Pero ¿matarme, dices? ¡De ninguna forma! Soy muy ágil y fuerte y logré llegar abajo sin dificultad —aseguró la joven, sin darle importancia.

—Por desgracia, debieron alcanzarte los esbirros. ¿Es así?

—Corría a toda velocidad por entre los árboles y setos de los jardines que rodean el palacio, cuando escuché la alarma. Conseguí descender de Fayali, pero la alarma había paralizado el tráfico normal y no pude tomar un vehículo y alejarme del palacio del dictador. En seguida, los vehículos policiales fueron alertados y millares de sabuesos me buscaron. Apresuradamente, me colé en una casa privada, aparté de mi paso a las personas que trataban de detenerme, me introduje en una alcoba y cambié mis ropas por otras, me calcé unas zapatillas, oculté mis cabellos con un pañuelo y... volví a la calle.

Wamaika calló. Respiró profundamente y añadió:

—El resto ya lo sabes. Tras vagar durante todo el día de un extremo a otro de Xoonapyr, logré llegar a estos suburbios al anochecer. Cuando trataba de ocultarme en una casa derruida, centenares de focos iluminaron la calle. Huí atropelladamente, pero los sicarios hostigaron a los perros sobre mí. Corrí, salté, escalé, me caí. Verdaderamente, ni los perros, ni sus cuidadores llegaron a rozarme. Fui, yo, en mi precipitada huida, quien se desgarró los vestidos y por poco no se deja la piel entre las ruinas. Por fortuna, logré penetrar en este lugar. Como tú dices, es una suerte que los secuaces de Faax sean supersticiosos. Gracias a su superstición y a ti, querido Ladraán, he logrado sobrevivir.

—A mí, nada tienes que agradecerme. Por otra parte, no puedo negar mi admiración, Wamaika. Has sido valiente e íntegra. Desde ahora mismo te respeto y te amo como a una hija.

—Gracias —respondió la joven conmovida. Y no pudo decir más, pues se le saltaron las lágrimas de pura emoción.

Callaron.

Al cabo, se oyó un rumor en las proximidades, seguido de estridentes chillidos. Wamaika se apretujó contra el anciano, temerosa.

—¿Qué ha sido eso? —susurró, temblorosa.

—Ratas. Centenares de enormes ratas que pululan entre las ruinas a partir del anochecer.

Un escalofrío, aún más violento que los anteriores, recorrió a Wamaika de pies a cabeza.

—¡Hool nos asista! —balbució, aferrada al anciano—. Si Faax y los suyos no han terminado con nosotros, serviremos de festín a los roedores.

—¡Calla! De las bestias no tenemos que temer. Ellas te respetarán a ti como me respetan a mí. A los secuaces de Faax, es a los que debemos temer.

Nuevamente se espesó el silencio. Las ratas debían haber escogido otras ruinas, pues cesaron sus chillidos y los rumores misteriosos.

—Te he hablado de mí, Ladraán —dijo al cabo, más tranquila—. ¿Por qué no hablas tú ahora?

—Sí. Hablaré. Te lo contaré todo.

Con voz susurrante, narró durante tres horas la historia de su vida. Hamadrai, O-Yimballa, los niños fallecidos a temprana edad, la llegada de Wam, la muerte de Hamadrai, la infancia y adolescencia del hijo amado, la lepra, las horribles vicisitudes que trajo la epidemia, la rebeldía de Faax-Yaderi y su triunfo, la prisión de Wam... todos aquellos recuerdos fueron expuestos vividamente por el anciano, que finalmente calló exhausto.

Muy cerca del amanecer, Ladraán dijo:

—He comprobado, satisfecho, que vas recuperándote rápidamente, Wamaika-Ly. Dentro de poco podrás valerte por ti misma e incluso huir. Pero es mejor que reflexionemos sin prisas y organicemos un pian seguro para ti. Me gustaría verte lejos de las garras de Faax. A estas alturas, el tirano debe sentirse terriblemente despechado, dominado por el odio y la sed de venganza. Si te cogieran... No quiero ni pensarlo, Wamaika. Por tanto, debemos ser prudentes hasta la exageración. Meditando, hallaremos un plan mínimamente seguro. Déjame pensar, Wamaika.

Pero ella dijo impetuosamente:

—Es inútil estudiar ese plan de fuga, Ladraán.

—¿Por qué? —clamó el anciano, estupefacto.

—Porque no pienso fugarme.

Sorpresa rotunda. A la luz lívida del amanecer, Ladraán

contemplaba el exótico rostro de la muchacha sin pestañear. Apenas podía creer que Wamaika hablara convencida de lo que acababa de afirmar: «No pienso fugarme.»

—No seas atolondrada. De mil amores te mantendría conmigo, pero yo soy viejo y cualquier día puedo morir. Si eso ocurriera, ¿qué seria de ti? Imagino que posees recursos físicos superiores a los míos, pero...

Ella le tapó la boca con sus finos dedos.

—Mi decisión está tomada, Ladraán. Pero escúchame: no sólo pienso permanecer aquí sino que voy a maquinar un plan para liberar a tu hijo, Wam —anunció.

Unas lágrimas de agradecimiento brotaron de los viejos ojos de Ladraán.

—¿Sabes una cosa, Wamaika? Por un momento, tuve la tentación de pedírtelo, pero en seguida comprendí que era injusto.

—¿Injusto? ¿Por qué?

—Tú tienes toda una vida por delante. Eres joven y hermosa. Tienes derecho a encontrar a un hombre tan atractivo y saludable como tú.

—Todo llegará —afirmó Wamaika, optimista—. Y escúchame, te lo ruego: antes había decidido que luchar contra Faax y la mentira era una tarea noble y necesaria. Ahora entiendo también que es preciso que te ayude, Ladraán. Si tu hijo está vivo, lo hallaremos y rescataremos. Estoy segura.

El anciano balbució unas palabras de agradecimiento. Incapaz de expresarse con claridad, pues la emoción se lo impedía, sólo pudo abrazar temblorosamente a Wamaika-Ly.

Pero ella no perdió él tiempo. Saltó ágilmente fuera de la yacija y dijo:

—Es hora de que vaya a sepultarme en mi madriguera —una sonrisa distendió su bello y agresivo rostro—. Más tarde seguiremos hablando. Entre tanto, aprovecharé mi encierro para ir maquinando mi pian de rescate para el hermoso Wam-Ladraán.

Y se alejó apresuradamente galería adelante y desapareció.

CAPITULO VII

Naturalmente, Wam creía en los milagros. Porque ¿no era milagroso que siguiera vivo y lleno de energías al cabo de catorce largos años de encierro?

Al principio su existencia fue muy difícil.

No le importaban tanto sus propios sufrimientos como los que —sabía— aguardaban a su padre, el venerable profesor Ladraán.

Porque, lógicamente, imaginaba que Faax no se conformaría con saciar su furia en él, sino que se vengaría igualmente de su padre.

Durante los primero días de encierro, Wam experimentaba atroces remordimientos de conciencia.

«Debí pensar en mi padre, prever que mi acción le afectaría a él.»

«Por otra parte —pensaba—, ¿cómo renunciar a lo que era la esencia de su propio ser? Si había protegido al presidente de la Federación exponiendo su propia vida, lo había hecho de forma consciente, observando la clase de conducta que su padre le había inculcado: fidelidad, lealtad, justicia, bondad… por encima de todo.»

En el fondo, no se arrepentía de haber obrado como lo hizo, aunque su actitud se hubiera demostrado inútil, puesto que —finalmente— el presidente sucumbió y sufrió horribles torturas.

Definitivamente: los padecimientos de Wam-Ladraán se derivaban principalmente de la incertidumbre y el temor por la suerte que podría correr su padre.

Lo demás, padecimientos físicos y psíquicos personales, no importaba demasiado. Faax podría encerrarle de por vida, pero Wam estaba dispuesto a no claudicar… mientras sus facultades mentales estuvieran en equilibrio.

Este era su segundo temor: que la soledad y el aislamiento —unido a la perpetua oscuridad— le volvieran loco.

Por eso desde el principio, Wam se propuso dominar sus instintos y temores y obrar lo más razonablemente posible.

¿Qué era lo más importante, dentro de su encierro? La respuesta era

clarísima: debía adaptarse a las circunstancias, durísimas, sí, pero superables si se tenía una voluntad de hierro.

Transcurridos los primeros meses, Wam no tenía una idea muy clara de dónde se encontraba el pozo en el que le habían sepultado. Siendo oficial de la guardia del presidente de la Federación, tenía una idea esquemática de la distribución de las innumerables dependencias del palacio Fayali y sus subterráneos. Pero éstos eran tan complicados que Wam no los conocía milímetro a milímetro.

Recordaba los calabozos de la primera subplanta. Y después la ancha escalera de caracol —excavada en la roca— que descendía unos treinta metros. Después se sucedían centenares de galerías, rampas, mazmorras y pozos. Pero ¿en qué pozo le habían encerrado? He ahí la cuestión.

El pozo en que le habían sepultado era un cono irregular de lisas paredes. Se diría que las habían pulido hasta impedir que una mosca se posara en ellas... para evitar que el preso que ocupaba el distante fondo pudiera trepar por ellas.

Para hacerlas descender, los sicarios del jefe de guardianes habían utilizado una resistente soga. Una vez el prisionero llegó al fondo, la soltaron y la soga cayó sobre él.

La había metido miles de veces, tomando como referencia la envergadura de sus brazos. La soga tenía una longitud cuarenta veces superior a la distante que mediaba entre sus brazos extendidos. Es decir, el pozo —que no era absolutamente recto, sino sinuoso— poseía una profundidad insalvable.

Al principio, Wam había temido que le dejaran morir de hambre y sed en el fondo de su encierro. Pero se equivocaba: cada dos o tres días, una gran cesta conteniendo comida abundante llegaba desde las insondables alturas pendiente de una fina cuerda, que sus invisibles guardianes dejaban caer cuando la comida llegaba al fondo. Así, las cuerdas se habían ido amontonando a lo largo de los años y cubrían una parte mínima del pozo.

Aunque parezca increíble, Wam conservaba aún el sentido del humor.

«No hay que perder la esperanza —se decía—. Si en doce años, las cuerdas han rellenado el pozo unos palmos, me bastará vivir mil años para que el pozo esté completamente lleno. Entonces me bastará dar un salto para quedar libre.»

El sentido del humor. Esa era su baza principal: en lugar de desesperarse y atormentarse, se esforzaba en- recordar a Faax y buscarle imperfecciones —físicas y morales— lo suficientemente notorias para provocarle la risa o al menos la sonrisa.

El ambiente, dentro del encierro, hedía literalmente. No eran sólo sus excrementos —que se esforzaba cada día en enterrar—; el aire corrompido provenía de arriba, donde se pudrían miles y miles de cautivos encerrados por el durísimo régimen de Faax *el Unico*.

Durante los primeros días de encierro, la ansiedad le impedía alimentarse convenientemente. Enflaqueció, por tanto.

«Debo comer, alimentarme suficientemente», se propuso.

Y la calma y la reflexión le devolvieron el apetito.

Engordó. Pero a los pocos días comprendió que no debía abandonarse, de modo que a lo largo de cada jornada llevaba a cabo pacientemente exhaustivos ejercicios físicos, con lo que su musculatura se desarrolló increíblemente.

Por lo demás, la temperatura en aquellas profundidades era estable y templada. No se habían preocupado de arrojar le ropas de abrigo, pero tampoco las necesitaba.

La inquebrantable fe de Wam, que le hacía concebir esperanzas de que algún día podría salir de allí, le impulsó a conservar sus ropas para el día en que se produjese tal milagro. Es decir: se despojó de su uniforme de oficial de la guardia, lo dobló adecuadamente y lo colocó en lugar seguro. Así pues, vivía permanentemente desnudo en medio de la total oscuridad, pues jamás llegó hasta él —desde que le encerrasen— el más leve rayo de luz.

«Quedaré ciego», temió.

Pues los largos años de oscuridad suelen atrofiar la vista hasta producir la ceguera total.

Quizá como compensación, sus restantes sentidos se agudizaron y desarrollaron de forma sorprendente. Alcanzó un tacto finísimo, un oído profundo, un olfato de sabueso y un paladar capaz de diferenciar fácilmente el gusto de! agua contenida en una vasija del de otra recibida días antes.

A lo largo de los quince primeros días de encierro, le hacían llegar los víveres en cestas, pero después de limitaron a proveerle de lo necesario para el sustento en finas bolsas de materia plástica.

Wam no desechaba nada Las bolsas eran aprovechadas para depositar los excrementos, que cerraba después escrupulosamente e iba enterrando bajo las cuerdas en el lugar más distante de su encierro.

Al principio, Wam no percibía más que leves y distantes rumores. Cuando sus sentidos se afinaron, podía captar claramente las conversaciones mantenidas por los guardias allá en las alturas, sobre todo al llegar la noche, cuando los restantes ruidos de la ciudad de Xoonapyr se apaciguaban.

Pronto comenzó a utilizar esta capacidad para informarse de lo que ocurría en el palacio e incluso en la ciudad y el planeta entero, pues los esbirros de Faax comentaban —a veces en voz alta, otras con susurros temerosos— las incidencias de cada día.

Wam lo supo todo… o casi todo. Datos que iba almacenando cuidadosamente en su cerebro, para ser utilizados cuando fueran necesarios.

Supo, así, que los guardianes le llamaban el Hijo de las Tinieblas.

«Bien, muy bien. Soy el Hijo de las Tinieblas —aceptó, con gran sentido del humor—. Pero también soy el hijo de Ladraán, el hombre bondadoso que me educó y crió para que pudiera soportar todas las adversidades.»

Conoció, igualmente, la burla sangrienta que Faax había gastado a su padre. Porque el tirano sabía perfectamente que Ladraán se perdería en el dédalo de los subterráneos y jamás hallaría a su hijo.

«Le expuso, además, a la muerte —reflexionó Wam—. Mi padre pudo despeñarse en la oscuridad y estrellarse contra el fondo de uno de los numerosos pozos. Afortunadamente, Hool debía velar por él, puesto que salvó la vida.»

Wam *sabía* que su padre vivía aún, que le habían acosado y perseguido a pedradas y que, finalmente, le habían permitido cobijarse en el antiguo lazareto Hangaphi. Y esto le tranquilizaba.

Así pues, el prisionero estaba al tanto de lo que había ocurrido tras la subida al poder del usurpador y cada día —aunque mejor, cada noche— recibía nueva información de lo que acontecía fuera de su encierro.

Faax había impulsado notablemente la construcción de máquinas de guerra. Las factorías habían recibido presupuestos extraordinarios y la

élite de la sociedad estaba tomada por los militares, los médicos y los ingenieros.

En los laboratorios se experimentaba con tensa precipitación y en las fábricas se montaban velocísimas aeronaves y astronaves. También se construían poderosas armas destructivas. ¿Para qué todo aquello?

Los guardias susurraban durante los turnos de centinela:

—El Unico no se resigna a reinar únicamente sobre el planeta Kungawan. Piensa llegar muy pronto a Annoudour.

¡Annoudour! Ese era el sueño de los astrónomos, de los militares y los aventureros. Annoudour era el más próximo planeta del sistema solar, fácilmente observable a través de los telescopios.

Que el insaciable Faax pretendiera llegar a Annoudour, no le extrañaba a Wam-Ladraán, pues sabía desde que su padre le iniciara en el conocimiento que el más próximo de los planetas era rico en metales preciosos y recursos químicos de toda índole: fosfatos, nitratos, cloro, bromuro, potasas… todo ello abundaba en el planeta Annoudour.

Era un proyecto muy antiguo, que no había logrado hacerse realidad hasta entonces, a pesar de que la Federación había impulsado sorprendentemente el desarrollo económico y de los conocimientos humanos. En el polígono de Hoccha se construía una astronave (poco antes de que Faax llegara al poder), pero aquel complicado artilugio nunca llegó a moverse del suelo, si bien el gobierno de la Federación poseía ya enormes aeronaves capaces de circunvalar varias veces Kungawan sin necesidad de repostar ni descender.

En tal caso, ¿de qué medios pensaba valerse el usurpador para hacer realidad su proyecto de conquistar Annoudour?

Wam había estudiado Historia con gran interés. En realidad, a parte de su vocación militar, Wam-Ladraán era un historiador nato. La experiencia demostraba que en los regímenes duros y dictatoriales el desarrollo se estanca en todos los órdenes. Consecuencia: Faax no lograría llegar jamás a Annoudour, pues las Ciencias y la técnica bostezarían, haciendo inviable el codicioso proyecto.

«No llegará jamás a Annoudour » pronosticó para sí Wam.

Pero pocos días después llegó a sus oídos la noticia:

—¡La astronave está lista! Incluso tiene su nombre: *Annodour-Errakkesi* (esto es: «El primero en pisar Annoudour»), Es capaz de

albergar mil quinientos hombres y trescientos animales de granja, amén de gran cantidad de maquinaria móvil y armamento suficiente. Precisamente están seleccionando a los individuos que partirán en la primera expedición a Annoudour.

Wam se sintió dominado por la incredulidad.

«¡Imposible! Han debido recibir una información errónea, o Faax goza esparciendo bulos estúpidos. La Técnica no puede haber avanzado tanto en un plazo tan breve», pensaba.

Se equivocaba. Faax contaba ciertamente con el *Annodour-Errakkesi*.

¿Cuál era, entonces, la explicación?

Propia de un ser tan perverso como Faax. En cuanto se hizo con el poder, encargó a sus perseguidores encontraran y encerraran en Epathos —la ciudad de la Investigación, situada a cierta distancia de Xoonapyr y alzada en una montaña poco menos que inexpugnable— a todos los hombres de ciencia Kungawaníes.

Allí, los científicos habían sido forzados a investigar sin descanso. Y la ambición de Faax dio el fruto que esperaba la Ciencia y la Técnica prosperaron más en dos años que en los doscientos anteriores.

Puntualmente, la gran astronave proyectada en Epathos y montada en el polígono de Hoccha, fue sometida a varias pruebas, que arrojaron resultados positivos.

Y luego Faax partió hacia Annoudour, con mil quinientos tripulantes. Setenta días más tarde, Wam-Ladraán recibía la noticia en su encierro: después de alcanzar Annoudour, Faax había arrasado la superficie del rico planeta, masacrando a millones de indígenas y conquistando definitivamente lo que seria la segunda base de su vandálico caminar a través del espacio.

CAPITULO VIII

Cuando se puso el sol, Ladraán bendijo a Hool desde el fondo de su corazón. Y aquella agradecida bendición surgía por un motivo bien concreto. Wamaika.

Indudablemente, era Hool, con su infinita bondad y comprensión, quien le había enviado a la muchacha, pues el anciano no creía de ninguna forma en la pura casualidad, en lo fortuito.

Para Ladraán, suponía una suerte inmensa y una gran satisfacción contar con la presencia y la ayuda de la joven Wamaika-Ly.

En anciano no acababa de creérselo todavía. ¿Querría Hool, por fin, que sus más queridos sueños se hicieran realidad? ¿Podría una sola mujer, aunque con la ayuda de un anciano decrepito, liberar a Wam?

Habían transcurrido seis días desde que Ladraán recogiera a Wamaika al pie de la montaña de escombros situada en la parte sur del lazareto Hangaphi. Ella no había vuelto a mencionar su proyecto de liberar a Wam. ¿En qué pensaba?

Ladraán se sentía muy satisfecho de que ella se hubiera recuperado físicamente, pero ahora empezaba a sentirse impaciente, pues Wamaika no hacía ningún comentario relacionado con Wam, con su cautiverio y posible liberación.

Wamaika pasaba el día encerrada en el cubículo de la fosa séptica. Al llegar la noche, salía de su obligado cubil y se reunía con el anciano y descansaban juntos bajo las raídas mantas.

Durante las largas horas de la noche, Ladraán sacaba a relucir el tema, pero la joven se mostraba adusta y concentrada. Hasta que al llegar la sexta noche, estalló:

—¡Creo que ya tengo la solución! —exclamó.

Ladraán se asustó ante aquella inesperada reacción.

—¿A qué te refieres, hija?

—Veamos —susurró ella, apoyadas las manos en los hombros del viejo—. Sabemos que es imposible que yo llegue hasta el palacio Fayali sin que me detengan, ¿cierto?

Ladraán asintió, expectante.

—En tal caso, debemos buscar una vía secreta. Y yo acabo de encontrarla... o eso espero. Dime, Ladraán: ¿existe aquí un acceso a las cloacas de la ciudad?

El viejo se animó al escuchar la palabra *cloacas*.

—Debe haberlo, aunque jamás lo he visto, porque nunca se me ocurrió pensar en ello. Cuando la lepra, el director del lazareto hizo construir la fosa séptica donde tú te cobijas con el fin de que las aguas fecales del hospital no vertieran a la red general, pero es indudablemente que, anteriormente, Hangaphi contaba con alcantarillas que iban a parar a las cloacas. De modo que sólo tendremos que cavar aquí y allá, después de calcular el lugar más apropiado. Verás, hija: al otro lado de esta galería, se hallaban los baños y otros servicios sanitarios. Creo que aquél es el lugar justo para comenzar nuestra prospección. Por desgracia, será muy arriesgado.

—¿Por qué?

—Porque el techo está en ruinas, y algunos muros se han caído con el paso del tiempo. Y eso viene a significar que, aunque cavemos de noche, los perros que me vigilan desde hace tanto tiempo pueden descubrirnos y aniquilarnos —observó prudentemente Ladraán.

Wamaika-Ly reflexionó brevemente sobre este aspecto del problema.

—Tienes razón —asintió—. Según hemos podido comprobar, los que vigilan el lazareto disponen de potentes focos y armas peligrosas... para nosotros. Sin embargo, estoy decidida. Comenzaré esta misma noche. Pero lo haré yo sola: no quiero exponer tu vida.

Se alzaba ya vivamente de la yacija, cuando el anciano la detuvo asiéndola de un brazo con fuerza insospechada.

—¡Aguarda! No seas impulsiva. Antes quiero todos los detalles de tu plan, pues tenemos que evitar los errores desde el principio. En primer lugar, y suponiendo que lograses llegar hasta el palacio Fayali a través de la red de cloacas, tienes que contar con otros obstáculos. Por ejemplo, ¿cómo piensas introducirte en el edificio en que se encierra el tirano? Los policías y los guardias de Faax te conocen sobrada mente... Querida Wamaika, me parece que tu plan es demasiado arriesgado.

Ella sonrió en la oscuridad.

—No lo creas —respondió—. He pasado todos estos días pensando y

he tenido tiempo suficiente de sopesar todos los inconvenientes y posibilidades. Y ahora estoy segura de que conseguiremos el éxito. ¡Hool nos protegerá!-

—Que El te oiga, hija. Pero, por favor, explícamelo todo con detalle —suplicó el anciano.

—Será un placer, Ladraán. Imaginemos que logro llegar hasta las proximidades de Fayali, pues probablemente sería imposible alcanzar el palacio a través de las cloacas. (Faax es desconfiado y probablemente habrá tenido en cuenta toda clase de complots. En consecuencia, habrá colocado impenetrables rejas en las cloacas.) Conozco un lugar llamado Guuhax, una especie de taberna lupanar, donde se reúnen algunos policías de Akker-Nyana...

—No comprendo qué relación tiene una cosa con la otra —confesó el viejo, desconcertado.

—Ya sé lo que piensas: que me reconocerían en seguida. Pero he visto unas matas que crecen al borde de los muros de estas ruinas. Tienen unas florecillas de color azul intenso, ¿No es cierto?

—Sí.

—Si no me equivoco son flores de *seffi*, la planta que se empleaba antiguamente para teñir tejidos. Tal vez sirvan para cambiar el color de mis cabellos. Y esto me daría una apariencia distinta. Por otra parte, las mismas flores (el jugo que destilan sus pétalos) servirán para maquillarme elementalmente y alterar mis facciones lo suficiente como para que ninguno de los esbirros de Faax pueda reconocer en mí a la disidente Wamaika-Ly.

Ladraán asintió, admirado.

—Es muy arriesgado, pero confieso que tu idea es buena. Podemos hacer el experimento con las flores de *seffi* —aceptó, más animado.

—Gracias. —Wamaika sonrió nuevamente, aunque el anciano no podía advertirlo en las tinieblas—. Mi vestido está destrozado, pero utilizaré espinos de acacia e hilillos de esta manta para remendarlo lo mejor posible. Lo teñiré igualmente y así, en general, mi apariencia habrá cambiado considerablemente.

—¿Y después?

—Cuando estuve encerrada en Fayali, conocí a uno de los policías de Akker-Nyana. Contaban de él sus compañeros que Xembix era un verdadero donjuán, un conquistador de mujeres, e incluso relataron

que en una ocasión Xembix se había llevado una jovencita al cuerpo de guardia, con la que se divirtieron él y sus camaradas toda una noche. También advertí que Xembix me miraba con irrefrenable deseo… Pues bien, mi plan de rescate para Wam, tiene a Xembix como baza destacada.

Ladraán perdió la paciencia. Se sentía escandalizado y su voz vibraba cuando preguntó:

—¿Quieres decir que piensas ofrecerte a ese tal Xembix a cambio dé Wam? ¿Que no te importaría entregarte a él, que…?

Wamaika apoyó sus dedos sobre los labios del anciano y respondió sin alterarse:

—Ten paciencia y lo comprenderás todo.

El anciano se retiró vivamente. Aún seguía enfurruñado.

—No entiendo nada —bufó—. En primer lugar, incluso su gente de confianza teme tanto a Faax que ni siquiera a cambio de una joven tan bella como tú aceptarían liberar a mi hijo. Y por otra parte…

—Calma, calma. No pienso entregarme a Xembix, y, como tú, sé muy bien que todos los sicarios temen demasiado a Faax para exponerse a sus iras. Se trata de algo diferente.

—Te ruego que me lo expliques minuciosamente —la voz de Ladraán no era ya tan vibrante ni iracunda.

—Xembix caerá fácilmente en la trampa, pues es un tipo obsesionado por el sexo. Pero yo sé muy bien lo que tengo que hacer: conseguir que Xembix me lleve hasta el cuerpo de guardia, como hizo con aquella jovencita. Y una vez allí, pondré en marcha otra parte de mi plan. ¿No son esos matojos amarillentos, parecidos al esparto, una planta que suele emplearse como somnífero? No recuerdo su nombre, pero…

—Se llama *wissna*. Y tienes razón: se trata de una planta de efectos sedantes. Yo mismo la consumí cuando, recién llegado aquí, me resultaba imposible conciliar el sueño —dijo el anciano.

—¿Lo ves? Pues bien: una vez haya conseguido introducirme en las dependencias policiales del palacio Fayali, me las arreglaré para hacer dormir por largas horas a los vigilantes nocturnos.

—Pero…

Wamaika oprimió levemente los escuálidos hombros de Ladraán.

—Lo sé, lo sé; estarás preocupado por mi causa, pero no temas, porque sabré ser prudente —susurró la joven.

A pesar de lo cual, Ladraán no consiguió arrojar la preocupación lejos de sí. ¡Era tan peligroso Faax y el cúmulo de circunstancias que el tirano había engendrado alrededor de sí…!

—¿Y después aún? Yo vagué durante muchos días a lo largo, a lo ancho y a lo profundo de aquellos malditos subterráneos y no logré encontrar a Wam. Estuve a punto de perecer en el intento, pero todo fue en vano. Dime, querida Wamaika, ¿cómo piensas arreglártelas tú? —quiso saber el anciano.

—Quizá Xembix tenga la respuesta. Si ese policía conoce la situación exacta del pozo donde está sepultado Wam, habremos avanzado mucho.

—¿Y si no sabe nada? —opuso aún el anciano.

—Hool proveerá —respondió Wamaika, exultante de ánimo—. Además, según tengo entendido, Wam está encerrado en lo más profundo del subsuelo. Bastará llegar hasta allí y buscar por todas partes. Yo tengo fe, Ladraán: estoy segura de que le encontraré.

El anciano suspiró en la oscuridad.

—También yo la tengo, hija. Sólo temo por ti. Eres demasiado impulsiva y fogosa —dijo.

—Soy impulsiva sí. Pero también lo suficientemente sensata para no exponerme temerariamente. Confía en mí, no te defraudaré. Por otra parte, antes de que todo esté dispuesto para la gran aventura pasarán varios días. Así pues, tendré tiempo suficiente para ampliar mi plan y rectificarlo en parte, si fuera preciso.

Relajó sus jóvenes músculos, se acomodó sobre su parte del camastro y golpeó amistosamente la espalda del anciano.

—Y ahora, será mejor que durmamos unas horas antes de que llegue el amanecer —propuso.

Un minuto después estaba profundamente dormida: pero Ladraán veló su sueño hasta que el firmamento comenzó a teñirse con los colores del amanecer.

CAPITULO IX

Cuando Wam estuvo seguro de que su padre vivía —aun que prácticamente tan preso como él— y no había recibido tormento físico, se tranquilizó mucho. Pero cuando la prolongada existencia en medio de la profunda oscuridad agudizó notablemente sus restantes sentidos, comenzó a experimentar un nuevo sufrimiento.

Porque su oído no sólo percibía las conversaciones — incluso los susurros— que provenían del distante cuerpo de guardia, sino que también oía continuamente tos ayes y los alaridos de los miles de presos hacinados en tos calabozos situados mucho más arriba.

Como todos tos dictadores y tiranos, Faax también tenia enemigos, más enemigos que cualquier otro ciudadano Kungawaní. Porque el rencor, la humillación y el abuso obligaban a muchos infelices a exponer públicamente sus quejas, y en el régimen de Faax *el Unico* bastaba con esto para ser detenido, encerrado y torturado por tiempo indefinido.

Ladinamente, tos torturadores sólo se dedicaban a su «trabajo» durante las horas de la noche, más propicias a sus fines y también más discretas.

Así, durante la interminable velada nocturna, tos más espeluznantes alaridos resonaban a través de las intrincadas vías subterráneas, llevando el ánimo del Hijo de las Tinieblas la inquietud, el temor y la compasión.

«¡Si pudiera escapar de este pozo...!», clamaba, enardecido.

Pero finalmente tenía que reconocer su impotencia.

Fue por entonces cuando Wam Ladraán llevó a cabo aquel descubrimiento fascinante. De improviso, despertó y advirtió que sus ojos podían *ver*.

No percibía los relieves con claridad, pero sí podía contemplar — aunque confusamente— el piso alfombrado de cuerdas y las paredes cilíndricas del pozo.

Este hallazgo le dio nuevos ánimos para seguir esperando el momento de su liberación.

«No he perdido la vista —se alegró—. Por el contrario, mis ojos han

ido habituándose progresivamente a la oscuridad y mi vista puede penetrar las tinieblas.»

Y así era.

Día a día, su capacidad para ver en la oscuridad fue desarrollándose hasta que Wam pudo ver casi perfectamente. Para comprobar la agudeza de su visión, reunió unas finas cuerdas y las trenzó de mil formas caprichosas durante muchas jornadas, hasta que estuvo convencido de que sus ojos podían ver realmente.

* * *

Faax había vuelto ya de su *razzia* por el planeta Annodour. Detrás de su astronave quedaba un rastro de sangre y destrucción, pero a bordo de la *Annoudour-Errakkessi* llegaron a Kungawan riquezas sin cuento y —lo que era más importante— miles de *gondax* de un metal liviano y sumamente resistente, es decir, nuevo material para construir nuevas y más versátiles astronaves.

La conducta de Faax era imprevisible. Lejos de sentirse magnánimo después de haber conseguido tantísimas riquezas y tesoros, ello le llevó a sentirse más soberbio y déspota que nunca, y llegó a abusar de sus forzados súbditos hasta límites indescriptibles. Hubo fiestas salvajes, persecuciones, torturas, ejecuciones y barbaridades de todo género

Las cárceles, que apenas tenían presos durante el gobierno de la Federación, estaban ahora llenas a rebosar, aunque los ciudadanos considerados «peligrosos» eran llevados a los calabozos subterráneos del palacio Fayali, donde se multiplicaron las más refinadas torturas.

Faax expandió el terror sobre Kungawan hasta límites increíbles y, en consecuencia, llegaron a odiarle a muerte muchos kunganíes que anteriormente se habían mostrado excesivamente tibios y acomodaticios,

Ladraán, en su refugio del lazareto Hangaphi, tenía razón para temer los planes de expansión del dictador, pues cuando Faax regresaba victorioso, lejos de celebrarlo y sentirse magnánimo, ideaba nuevos planes maléficos.

Ahora ya —conquistado y arrasado Annoudour—, El Unico proyectaba establecer algunas bases en aquel planeta... ¡e incluso cárceles!

Inmediatamente después, y contando ya con nuevas y potentes

astronaves e ingenios de destrucción, el usurpador acariciaba una segunda fase, más ambiciosa aún: llegar hasta el gran planeta Phantell, con un volumen miles de veces superior al del planeta Kungawan.

Por entonces tuvo lugar un hecho inquietante, del que fue protagonista uno de los tripulantes que participaran en el primer vuelo a Annoudour: se trataba del técnico Kannael.

Este hombre volvió aterrado del planeta recién conquistado después de asistir como testigo a la masacre de los indígenas en Annoudour. En un rasgo de entereza poco común, gritó la verdad durante un acto oficial: «Faax no era sino Hagatiri (1[1]) redivivo.»

Le detuvieron en el acto y, disimuladamente, le arrastraron colina arriba hasta los calabozos del palacio Fayali. Allí uno de los policías del jefe Akker-Nyana le torturó infiriéndole varias cuchilladas superficiales en el vientre.

Kannael, conociendo lo que le esperaba si seguía con vida, agrandó la más profunda de sus heridas y en un impulso irrefrenable se arrancó las tripas para acelerar su muerte, que fue para el valiente individuo larga y dolorosa.

Continuando adelante con nuestro relato, es preciso decir que el proyecto Phanatell era aún más ambicioso que el anterior. Un prodigioso aparato óptico, inventado por los científicos encerrados en el centro de Epathos, permitía a los astrónomos descubrimientos sobre la naturaleza del planeta, desconocida hasta entonces. Se supo, por ejemplo, que en Phanatell no existían seres humanos propiamente dichos, aunque sí una fauna muy rica y una flora igualmente diversa y floreciente.

Cuando Faax conoció estas particularidades del Gran Planeta intermedio, reflexionó largamente y finalmente decidió:

—Hay que poblar Phanatell con escogidos individuos de la raza Kungawaní. Que se comiencen a seleccionar las parejas más sanas y aptas para la procreación —ordenó.

Oyendo esto, cualquiera hubiera imaginado que Faax *el Unico* tenía al menos un virtud: la filantropía. Pero poca, si el usurpador estaba interesado en repoblar Phanatell era con intenciones perversas: para colmar su soberbia al aumentar del número de sus «súbditos» y disponer de más cabezas de turco en las que calmar sus diabólicos

ramalazos de sadismo.

Desde su encierro, Wam recibía cada noche las noticias que le llegaban desde los niveles superiores. Y pensaba, esperanzado:

«Con suerte, es muy posible que Faax no consiga llegar jamás al Gran Planeta. Quizá lo mejor para la humanidad del Cosmos sería que ese tirano y asesino se perdiera en el espacio infinito. Cierto que con él se perderían unos miles de inocentes, y esto no justifica siquiera la muerte de un ser tan maligno como Faax. Pero de todas formas...»

El Unico había anunciado que en su segundo vuelo hacia el espacio exterior, la expedición estaría formada por diez grandes astronaves, técnicamente muy superiores a la pionera *Annadour-Errakkesi*. El proyecto incluía muchas otras facetas, pues se esperaba traer a Kungawan un verdadero zoo formado por parejas de animales de Phanatell, así como numerosas especies vegetales.

La expedición partió puntualmente sin que ocurriera ningún fallo. Faax volvió 122 días después, ensoberbecido hasta el límite, pues el viaje al distante Phantell salió enteramente a la medida de sus ambiciosos planes.

Sin embargo, los científicos se habían equivocado en cuanto al hecho de que no existieran seres humanos sobre la superficie del Gran Planeta. O, más claro aun, existían criaturas inteligentes *bajo* la superficie del planeta Phanatell. Seres elementales, pero racionales.

Eran los *fongs*, curiosísimas criaturas de cuerpo casi esférico, aplastado, debido a la enorme fuerza de gravedad que engendraba Phanatell.

La estatura de estos hombres y mujeres era ridícula —si se la comparaba con la de los kungawaníes—, pues sus aplastadas cabezas carentes de cabellos apenas llegaban a la cintura de un natural de Kungawan.

Los *fongs* mostraban brazos cortísimos, enormes pies —no se les podía llamar piernas— planos y carecían de relieves en las facciones, a excepción de los pabellones auriculares, redondos y aplastados hacia la nuca.

La crueldad de Faax no tenía límites, pues desde el principio utilizó a las veinte parejas de *fongs* para su diversión, como si fueran despreciables bufones. Si el tornadizo humor del tirano lo decidía así, estas criaturas del planeta Phanatell servían para provocarle enormes risotadas, pero si se sentía irritado no era raro que calmase su furia

golpeando o haciendo golpear a aquellos infelices seres humanos.

Cuando Wam oyó estos comentarios, su indignación no tuvo límites. Sin embargo, la befa de Faax para con los seres de Phanatell no fue nada comparado con lo que ocurrió pocos días después.

A saber: con la excusa —falsa— de que en la ciudad llamada Wisogranai se estaba gestando un complot para derrocarle, el déspota se trasladó hacia allá en una de sus más modernas aeronaves de guerra y desde gran altura atacó la ciudad con proyectiles incendiarios.

Wisogranai ardió por completo, de tal modo que sólo quedaron escombros y cenizas. Y con la ciudad, perecieron los casi veinte mil kungawaníes que la habitaban,

En todo Kungawan, el terror generado por el tirano se expandía por doquier y nadie se sentía seguro, empezando por los propios incondicionales de Faax *el Unico*.

En su encierro, Wam-Ladraán temblaba de furia e invocaba a Hool que le permitiera escapar de su prisión para dar su merecido al genocida, aunque para ello tuviera que inmolar Wam su propia vida.

Pero transcurrían los días en la fría soledad y todo seguía igual para el Hijo de las Tinieblas.

Poco después, Wam escuchó nuevos comentarios de los guardias nocturnos. Se decía que Faax se dedicaba ahora a la magia negra, a las ciencias ocultas, a la brujería.

Oyendo esto, una sonrisa distendió los labios de Wam. Por un momento, le divirtió la imagen del tirano dedicándose a los ritos negros.

Pero los esbirros de Faax seguían comentando en voz baja —aunque perfectamente audible para Wam— los últimos acontecimientos ocurridos en Xoonapyr.

—Se dice que El Unico se reúne en una estancia de palacio con tres hechiceros que trajo de Annoudour, quienes, al parecer, le han prometido transmitirle toda su ciencia de forma que Faax se convierta en el maestro del mal.

«Ya lo es», pensó el Hijo de las Tinieblas.

Y la incipiente sonrisa se borró de sus labios.

Algunos meses más tarde, una nueva información se deslizó hacia las profundidades a través de las múltiples escaleras, pozos y respiraderos de los subterráneos. Aunque los guardias apenas siseaban, el despierto oído de Wam la captó con la suficiente claridad.

—Una pantera azulada de las que trajeron de Phanatell ha devorado a tres niños de corta edad mientras dormían en sus lechos. La gente está aterrada.

Y pocos días después, los mismos guardianes comentaban con susurros vibrantes de puro pánico:

—Xembix asegura que la pantera que devoró a los niños no es otra que… el propio Faax, quien según se rumorea posee el poder de convertirse en cualquier animal dañino. ¡Eso fue lo que le enseñaron los brujos de Annoudour…!

CAPITULO X

El agujero estaba terminado y allá abajo, en las oscuras profundidades, resonaba el rumor de las aguas residuales que corrían por las cloacas.

Aquel orificio había costado muchas horas de trabajo y angustia a Wamaika-Ly y el anciano Ladraán. Porque el viejo profesor había insistido denodadamente en ayudar a la joven.

Pero el trabajo estaba hecho y el miedo y la angustia quedaban atrás. Ahora, por el contrario, ambos se sentían dominados por la emoción más intensa.

—¿Cuándo? —preguntó Ladraán, entreabiertas las aletas de la nariz, reseca la garganta de pura ansiedad.

—Esta misma noche —respondió Wamaika.

Y colocó sobre el agujero una tabla carcomida, que fue cubriendo luego con tierra y yerbajos secos.

Ladraán tembló, pues temía por aquella muchacha a la que comenzaba a querer tanto como a una hija.

—¡Son tantos peligros! —murmuró, cuando volvían hacia la galería donde se encontraba el camastro—. Las pequeñas tareas que te he preparado no te servirán para mucho: ni siquiera sabemos la longitud del camino a través de las cloacas, de modo que podrías quedarte a oscuras de repente y precipitarte en algún pozo, en las aguas fétidas, que te arrastrarían tumultuosamente hasta quién sabe qué oculto y hediondo lugar. Podrías... podrías morir.

—No hay que pensar en ello —respondió animosamente Wamaika —. Confiemos en que todo salga bien. Hool me protegerá.

—Pero...

—Tenemos que tener fe. Sin fe no conseguiremos nada.

—Está bien, vayamos a descansar. Aunque mucho me temo que no pueda conciliar el sueño, hija mía.

Wamaika descendió a la fosa, pues era mediodía y los esbirros de Faax podían descubrirla.

Ladraán siguió caminando galería adelante y cuando hubo preparado un poco de comida, vino a entregarla a Wamaika y ambos masticaron una porción en silencio. Luego el anciano fue a echarse por unas horas en su yacija y lo joven se adormeció dentro de su poco acogedor cubil.

Llegada la noche, Wamaika abandonó la antigua fosa séptica y se reunió con su protector y amigo.

Ladraán había preparado abundante comida. Wamaika comió con excelente apetito, pero el anciano apenas probó bocado. Introdujo algunas elementales provisiones en un saco y añadió el viejo mechero oxidado que había encontrado enterrado muchos años antes y que —misteriosamente— aún lograba encender algunas veces.

—Es la hora —dijo Wamaika, decidida.

Y se incorporó, dispuesta a partir.

Ladraán tembló al entregarle el saco de las provisiones.

—¿Todavía estás segura de querer exponerte a centenares de peligros? —susurró, preocupado por la suerte de la joven.

Wamaika apretó levemente su mano y luego le abrazó.

—¿Peligros? No existen si se posee la suficiente astucia y sensatez. Volveré en cuanto pueda, Ladraán. Confía en mí.

Se separaron.

Wamaika caminó presurosa hacia el final de la galería, seguida del anciano.

Ya en el confín de la zona «de seguridad», la joven se detuvo un momento y rogó a Ladraán:

—Vuélvete ya. A partir de aquí, quiero hacerlo todo yo sola. Será más seguro.

—Está bien —se plegó el viejo—. Pero te suplico que tengas cuidado.

Wamaika se alejó ligera entre las sombras, alcanzó el lugar elegido, se inclinó y descubrió el boquete que comunicaba con las cloacas.

Sintió miedo al introducir las piernas en el boquete, pero no se detuvo. Tanteando con cautela, halló un saliente sobre el que apoyar sus pies. Sólo entonces se atrevió a utilizar el mechero y prender fuego

a una pequeña tea con la vacilante llama azul.

También se asustó cuando una lengua de fuego lamió las aguas fecales, pero lo superó pronto. En realidad, Wamaika esperaba aquel efecto, pues las aguas fecales suelen generar gas metano, fácilmente inflamable.

Se orientó en seguida y caminó con paso felino y seguro por el borde elevado de la alcantarilla.

Mucho tiempo atrás, cuando era niña aún, Wamaika había visto descender a unos obreros a las profundas cloacas, probablemente para llevar a cabo reparaciones o tareas de limpieza. Según recordaba, aquellos hombres caminaban horas y horas por los subterráneos sin extraviarse jamás. Por ello, Wamaika deducía que debían existir indicaciones claras en las cloacas que sirvieran para orientarla correctamente. En ello confiaba.

Y acertó plenamente. En cada confluencia, existían inscripciones muy legibles que marcaban los caminos hacia los cuatro puntos cardinales e incluso añadían datos más específicos, como las zonas, barrios e incluso calles bajo las cuales discurrían los conductos subterráneos.

Su única preocupación ahora era no agotar las teas antes de alcanzar su destino: el distrito correspondiente a las proximidades de Fayali, en el cual se encontraba el lupanar llamado Guuhax (El Máximo Placer).

También procuraba cuidadosamente no mancharse su vestido negro, recién teñido y remendado con semillas y pétalos de *seffi*, pues comprendía que debía presentar el aspecto más atractivo posible cuando Xembix le echara la primera ojeada.

No fue demasiado fácil la caminata. A veces se detenía, medrosa, al escuchar el chapoteo de las grandes ratas en el agua o sentía palpitar más aprisa su corazón cuando un chillido estridente resonaba en algún lugar recóndito.

Pero una hora después de despedirse de Ladraán, se detenía en un receptor de cloacas tan espacioso como un gran salón… aunque el «aroma» que impregnaba el ambiente fuera pútrido y casi irrespirable.

Y allí estaba la inscripción correspondiente: «Zona Fayali». Y los nombres de las calles que partían en varias direcciones. A Wamaika sólo le importaba una: Tzerrum Abracharke, donde estaba aquel lugar de diversión llamado Guuhax.

Cruzó decidida y buscó el acceso al nivel de superficie. Antes de empujar con todas sus fuerzas la placa metálica que le permitiría respirar aire puro, se retocó los cabellos teñidos de negro, el rostro y el largo vestido en forma de túnica, igualmente negro.

Y una vez estuvo segura de que su aspecto era el adecuado para la ocasión, ascendió.

Nadie reparó en ella cuando caminaba por la calle hacia Guuhax. Incluso se permitió el lujo de pasar muy cerca del aparatoso vehículo fortaleza dentro del cual vigilaban unos policías del jefe Akker-Nyana. Los hombres la siguieron un momento con la vista, pero no ocurrió nada más.

Donde causó sensación desde el momento de su entrada fue en aquel lupanar que dirigía una astuta y guapa mujer llamada Yax-Oonabb. Aunque Wamaika se había propuesto no llamar la atención demasiado —para evitar que los hombre que acudían a Guuhax cayesen sobre ella como moscones—, desde el principio todas las miradas convergieron en ella.

Pasó un momento de gran tensión cuando tres policías se la quedaron mirando con insistencia, pero al cabo su embarazó cedió al comprender que su presencia sólo suscitaba interés por su belleza.

Y allí, en un rincón íntimo y charlando con la dueña del negocio, estaba el irresistible Xembix. Porque hay que reconocer que el brazo derecho del durísimo Akker-Nyana no era una persona cualquiera: alto, musculoso, proporcionado y de facciones atractivas, poseía suficiente encanto como para captar inmediatamente la atención de una mujer fácil.

Xembix no sólo era irresistible, sino que además se lo creía. Miles de veces lo había repetido a sus compinches:

—Convenceos, no hay mujer que se me resista mucho más de un par de minutos.

Xembix miró a Wamaika Ly y quedó prendado en la airosa y agresiva silueta de la joven. Lentamente se separó de Ya-Oonabb y caminó con paso insinuante hacia la «presa» recién llegada.

De modo que Wamaika no tuvo que esforzarse, puesto que el esbirro de Akker-Nyana le dio prácticamente hecho… lo que la joven tenia que hacer. Bastó una sonrisa como respuesta al primer galanteo. Luego… Xembix la invitó a tomar un refresco alcohólico.

Inmediatamente, el policía pasó a la acción. Pero Wamaika evitó sabiamente que Xembix la acariciara (sería mejor decir: la sobara).

Sonreía insinuante y prometedora y susurraba a continuación.

—Después... Ahora será mejor que tomemos otra copa... para ir entrando en situación.

Y el policía se derretía materialmente, aunque no dejaba de dirigir miradas petulantes a los otros policías que les contemplaban, envidiosos, desde un extremo del amplio salón decorado con plantas tropicales.

Aquel frió líquido —*iaxorrii*— era muy agradable y aromático, pero Wamaika se había propuesto beber lo indispensable para confiar a Xembix. Y así, cuando éste fanfarroneaba con sus compinches, la muchacha vertía disimuladamente su vaso de cuarzo en el macetero más cercano.

Si impulsaba a Xembix a beber con exceso era porque Ladraán la había prevenido: el efecto de la droga que Wamaika guardaba en su túnica era mucho más rápida, intenso y eficaz si previamente se ingería una dosis considerable de alcohol. Y en ese caso...

Aunque ciertamente a Xembix no había que animarle, pues consumía una copa tras otra, sin transición.

Al fin, el policía la tomó desmañadamente por la cintura y balbuceó:

—Vamos ya. No perdamos el tiempo. Yo no puedo aguantar más.

—Calma, querido —respondió Wamaika, risueña—. Yo no soy una mujer cualquiera. No voy a entregarme a un hombre en un prostíbulo como éste. Necesito... otro ambiente. Algo más íntimo y... seguro.

Xembix lanzó una seca carcajada y le arrojó una tufarada de aliento alcohólico a la cara.

—¿Un lugar... más... íntimo..., más... seguro? ¡Ven! Yo tengo lo que tú quieres.

Abrazado a la joven, susurró a su oído:

—El palacio Fayali, ¿es... suficiente para..., para ti?

Wamaika sonrió.

—Suponía que eras un tipo importante, pero veo que lo eres mucho

más. Vamos.

Salieron.

Wamaika tenía que sostenerle, pues el estado de Xembix era lastimoso. Sin embargo ella no le había adulado al decir que Xembis era importante. Que lo era se demostró poco más allá cuando el policía llegó al vehículo fortaleza y pidió autoritariamente que les trasladaran a las colinas de Fayali. El vehículo se puso en marchar en cuanto Wamaika y Xembix hubieron subido.

Hubo un control a la entrada de palacio, junto a las murallas. Xembix se esforzó en contener un hipo y lo consiguió. Cuando los gigantescos centinelas comprobaron su placa de identificación, el vehículo remontó la pendiente. Poco después se detenía a la derecha del imponente edificio de hierro y hormigón y Wamaika y su acompañante descendían.

A ella se le encendió el corazón al considerar lo cerca que estaba de conseguir su objetivo. Pero se esforzó en disimular y soportó de mala gana los torpes manoseos de Xembix, que la llevó al hipervigilado cuerpo de guardia.

El lugarteniente del jefe de policía quería satisfacer inmediatamente su deseo, pero Wamaika se mostró pudorosa, con lo que consiguió aplazar las exigencias de Xembix. Por lo demás, averiguar el número de guardianes le resultó fácil, pues Xembix era peligrosamente locuaz cuando estaba borracho: hablaba hasta por los codos.

Mientras el policía la arrastraba de una dependencia a otra, Wamaika iba tomando nota mental de cuanto escuchaba y veía. Setenta hombres estaban de servicio nocturno, se relevaban cada hora y todos acudían de cuando en cuando al cuerpo de guardia central para tomar un bocado, beber o, simplemente, descansar. Tenían una cocina en donde preparaban infusiones y bebidas alcohólicas.

Y precisamente Xembix la arrastró hacia allí en aquel momento. Wamaika aprestó a actuar al ver humear un gran recipiente donde se preparaba el *mheii* (especie de té). Xembix tropezó en ese momento y… la muchacha arrojó al vaporoso perol el polvo de *wissna* que Ladraán había elaborado pacientemente el día anterior.

Luego… todo fue mucho más fácil de lo que había imaginado. Xembix pidió a sus policías una taza del brevaje, pues se sentía muy mareado y trataba de despabilarse. Los guardias que entraban y salían también tomaban humeantes tazas de *mheii*, que casualmente mezclaban con un licor muy fuer te llamado *rapp*.

Los mismos guardias rieron tontamente cuando Xembix se deslizó hasta el suelo completamente inconsciente. Luego cuchichearon entre sí, sin cesar de dirigir rijosas miradas a Wamaika.

Finalmente, uno de ellos —más osado— se alzó del asiento y caminó decidido hacia la muchacha, aunque... cayó redondo cuando hubo dado tres pasos.

Una hora después, el cuerpo de guardia permanecía en absoluto silencio. Las dependencias estaban llenas de uniformados cuerpos inmóviles: los guardias habían sucumbido al efecto adormecedor de la planta *wissna* y Wamaika tenía el camino libre.

No dudó un momento.

«Emprendamos rápidamente el camino hacia los profundos infiernos», bromeó consigo misma.

Y se puso en marcha.

CAPITULO XI

Wam se removió, inquieto.

En alguna parte de la agujereada colina se habla producido un rumor anormal, de esto estaba íntimamente seguro.

Se irguió lentamente, contuvo la respiración y se concentró en la tarea de escuchar con suma atención.

A los pocos segundos, tornó a captar aquel sonido. Y en seguida logró identificarlo: era un rumor de pasos.

¡Alguien descendía...!

Pero era *anormal.*

Wam sólo recibía provisiones una vez cada cuatro días. Los guardias siempre descendían a la misma hora para descolgar la bolsa de los víveres: al mediodía. Y ahora debía ser más de medianoche.

Su corazón se agitó de pura emoción, pero trató de controlarse y continuar escuchando.

Arriba, habían enmudecido los pasos, pero se escuchaba una respiración acelerada. ¿Quién...?

Una voz susurrante, apenas un siseo.

—¡Wam, Wam-Ladraán!

El Hijo de las Tinieblas contuvo un grito en su garganta. ¡Estaban llamándole a él! Y la voz que llegaba desde arriba correspondía a una mujer.

—¿Dónde estás. Wam? Soy Wamaika-Ly, una amiga de tu padre. Si puedes oírme, responde, por favor.

Wam suspiró.

—Estoy aquí —dijo.

Y le espantó el sonido de su propia voz.

Se oyeron unos pasos arrastrados y una pizca de luz penetró en el pozo, aunque indirectamente: apenas era un leve resplandor parpadeante.

—¡Wam! Tu voz me llega lejana. ¿Crees que podría descender hasta ti? Por desgracia, no dispongo de una soga con la que descolgarme.

—¡No! Aguarda, te lo suplico. La profundidad es excesiva y las paredes lisas como metal bruñido. Te estrellarías contra el fondo. Quédate ahí. Ahora…, ahora que has llegado, sólo quiero hablar contigo, Wamaika. Háblame, cuéntame cosas de mi padre, tuyas. Te lo ruego.

Wamaika apagó de un soplo la tea con la que se alumbraba. De bruces sobre la boca del pozo, habló durante largo rato, explicando al prisionero todo lo relacionado con Ladraán y los medios de que se había valido para llegar hasta allí.

Al oír esto, Wam expresó su admiración sin límites.

—Eres valiente, Wamaika. Valiente, inteligente y decidida. Y te agradezco de corazón cuanto has hecho por mí. Por desgracia, tú sola no puedes hacer mucho para sacarme de aquí, pues no se trata sólo de escapar de este pozo, sino que tendrías que cargar conmigo como si fuera un niño…

—Pero no comprendo…

—Escúchame, Wamaika-Ly; cuando tú has encendido esa tea, yo he quedado deslumbrado por completo. Mis ojos se habían habituado a las sombras y ahora un poco de luz me deja ciego…

Wamaika se mordió los labios en la oscuridad. Y se le ocurrió un pensamiento absurdo, anacrónico: ¡Qué bien sonaba la voz de Wam-Ladraán! Recia, viril, vibrante, con ricos matices que expresaban ternura, agradecimiento y preocupación por la suerte que correría Wamaika de allí en adelante.

Callaron un instante. Luego Wam dijo:

—Existe una posibilidad, pero tendremos que esperar aún.

—Explícate, Wam.

—Más arriba de donde tú te encuentras, al pie de la escalera circular, habrás visto unos grandes conductos metálicos…

—Sí —susurró la joven.

—Son las tuberías del agua potable que abastecen el enorme complejo de Fayali. Bastaría con que abrieses una gran llave de paso, azul, para que el agua corriera tumultuosa hacia abajo. En pocos

minutos, el pozo donde me encuentro se llenaría de agua...

—Ya entiendo tu idea: permitir que el agua te arrastrara hacia arriba. Pero es muy arriesgado, Wam. ¡Podrías morir ahogado! —se aterró Wamaika.

—No temas, sé nadar perfectamente. Sin embargo, ya te he dicho que tendríamos que esperar que llegara el momento propicio.

—No te entiendo.

—En primer lugar, necesito que pasen algunos días antes de que mis ojos vuelvan a ver en la oscuridad. Además..., faltan treinta y tres días para que se produzca el Gran Eclipse.

—¿El Gran Eclipse? —susurró la joven.

Wam se lo explicó pacientemente.

—Tú eres muy joven y no has tenido oportunidad de contemplarlo. Se produce cada veintiún años y treinta y tres días exactamente y se trata de un eclipse total de sol, que dejarán a Kungawan absolutamente a oscuras durante cuatro jornadas.

—¡Cuatro días sin luz natural! —se asombró Wamaika. Y añadió—: Sí, sí, he oído hablar de ese eclipse, aunque nunca le di demasiada importancia. Pero ahora creo que tienes razón, Wam: que pudiéramos movemos en la oscuridad durante cuatro días, supondría una gran jugada a nuestro favor.

—Pero hay numerosos obstáculos, Wamaika —pronunció el prisionero con pesadumbre—. Has sido muy inteligente y afortunada consiguiendo llegar hasta aquí, pero has corrido enormes riesgos por mi causa. Lo que me pregunto es: ¿podrías volver aquí dentro de treinta y tres días exactamente?

Wamaika se animó.

—¡Sí, estoy segura! He visto el deseo incontenible en los ojos de Xembix. Yo conseguiré de él lo que me proponga.

—Pero ¿a qué precio? —hubo una vibración extraña en la voz del Hijo de las Tinieblas.

—A ninguno. Conozco el modo de dominar a Xembix.

—¡Si ese bruto te ultrajara por mi causa! —barbotó Wam, rabioso.

—Despreocúpate. Le he engañado una vez y le engañaré cuantas

veces quiera —respondió Wamaika.

El prisionero se apaciguó un tanto.

—Hay algo más que quiero que sepas, Wamaika.

—Lo primero que haré, si logro escapar de este pozo, será liberar a los miles de presos que se pudren en las mazmorras de Fayali.

—Me parece muy justo. Ya había pensado en ello, aunque muy por encima. Te ayudaré a liberarlos.

—Gracias —vibró la voz que surgía de las profundidades—, Pero aún tengo otros proyectos.

—¿Derrocar a Faax *el Unico*?

Wam se sintió dominado por la admiración más intensa.

—¿Cómo puedes ser tan sutil? —exclamó—. Porque, en efecto, mi liberación y la de esos miles de desgraciados, nada significaría si Faax sigue cometiendo sus fechorías.

—Tienes razón. Además, después de tu fuga, estallaría la cólera de ese asesino y las consecuencias serían terribles. Ya sabes lo que ocurrió en Wisogranai. ¡No quiero ni recordarlo!

Callaron de nuevo. Wam se sentía confortado y esperanzado después de mantener aquella conversación con Wamaika. Y se preguntaba cómo sería la mujer que se comunicaba con él a través del tubo del pozo. ¿Alta, baja, delgada, gruesa, guapa, fea...? Pues Wamaika no había hablado mucho de sí: apenas lo indispensable.

—Necesitamos contar con la ayuda de otras personas, pues la oscuridad del eclipse de nada nos valdría si no logramos anular la gran central de energía de Wied-Nokkar. Yo sé cómo puede hacerse, pero no puedo hacerlo... —esta observación le provocó una risita, que alegró el corazón de Wamaika-Ly—. Además, el poderío de Faax es enorme, casi inconmovible. El detenta personalmente todo el poder, de modo que la única solución sería capturarlo y presionarle hasta que cediera a nuestros deseos. Quizá cuando Faax desapareciera de palacio, el aparato de su régimen se desmoronaría por sí solo. Quizá... Pero sería suicida dejarlo todo al azar.

—Wied-Nokkar, Wied-Nokkar... —murmuraba Wamaika—. ¿Qué hay que hacer para anular esa supercentral de energía?

—Es relativamente fácil —respondió Wam—. Hay un cerebro

electrónico que rige el funcionamiento de la central, hasta la más insignificante de sus funciones. Bastaría colocar una bomba de relojería muy potente y bien escondida, en el mismo cerebro electrónico. Esa bomba debería estallar justamente a los pocos minutos de comenzar el eclipse Pero es todo demasiado complicado, Wamaika; excesivo trabajo para una persona sola: tú.

Ella no se desanimó, aunque comprendía que la tarea era dificultosa y erizada de peligros.

—Antes, yo tenía numerosos amigos, Wamaika —añadió el Hijo de las Tinieblas—. Amigos francos y fieles, personas idealistas y leales. Pero han pasado muchos años y Faax ha aterrorizado a la población. El instinto de supervivencia vuelve a las personas tibias, indecisas y cobardes. En cierto modo, les comprendo…

—No importa. Dime quiénes son esos amigos. Yo me pondré en contacto con ellos, les tantearé… Ya veremos, Faax ha generado mucho odio y desconcierto. Tal vez logre reunir un grupo suficiente de personas leales.

—¡Ojalá —deseó el prisionero—. Pero ahora, Wamaika, aunque tu voz sea para mí como un chorro de brisa fresca y perfumada, debo pedirte que te marches. El efecto de la hierba *wissna* pasará en seguida. Debes escapar, si aún es tiempo. ¿No desconfiará de ti Xembix después de esto?

De arriba llegó el rumor de una risita.

—El efecto de la hierba *wissna* es múltiple, querido Wam; borra todo de la memoria temporalmente. Pero yo no pienso escapar por las bravas, sino acompañada y protegida por Xembix —susurró la animosa joven.

—¿Estás loca? —Wam no pudo contener la exclamación—. Xembix…

—Ten confianza. Te aseguro que sé cómo hacer las cosas.

Charlaron todavía durante unos instantes. Y luego se despidieron. A Wam le ahogaba la emoción, pues en su fuero interno todo clamaba por gritar: «¡Quédate conmigo, Wamaika-Ly!», pero no gritó. Dominó su ansiedad y dijo:

—Ve, Wamaika. Que Hool te bendiga. Aunque nuestro proyecto fracasase, aunque me pudriera lentamente en esta mazmorra, tu proximidad ha sido para mí un bien infinito. Rogaré a Hool por ti.

—Que El te bendiga y proteja —susurró la joven.

Se incorporó, encendió una de sus teas, dirigió una última mirada a la boca del pozo, vaciló, pero giró y ascendió por una de las tortuosas escaleras labradas en la roca viva y llegó a las bien iluminadas subplantas superiores.

Los esbirros del tirano dormían todavía. Como una sombra, Wamaika se deslizó hasta la gran cocina y pasó por encima de los cuerpos exánimes de Xembix y los guardias.

Estudió un momento la situación y finalmente se tendió junto a Xembix, alzó ligeramente el ruedo de su túnica negra, de forma que parte de sus muslos quedaran a la vista, relajó sus miembros y cerró los ojos.

«Le quiero, le quiero —pensó, apasionadamente—. Ni siquiera le he visto, pero ahora sé que le amo. Ni siquiera me importa su presencia física. Wam me ha conquistado simplemente con su voz.»

Transcurrió algún tiempo. Uno de los guardias se rebulló, se alzó torpemente, dirigió una torpe mirada a la mujer que yacía desmayadamente en el suelo, se encogió de hombros y salió de la estancia.

Wamaika vigilaba la escena por el rabillo del ojo. En seguida se movió Xembix, que echó una mirada en torno, descubrió el cuerpo desmadejado y semidesnudo de Wamaika y murmuró entre dientes:

—¡Diablos, diablos! ¿Ya ha terminado la orgía?

El hombretón se rascó los cabellos, desorientado. Pero en seguida se incorporó y se inclinó sobre Wamaika, la cual aguardaba con disimulada tensión la reacción del policía.

Pero no existía el menor peligro. Para Xembix «todo había terminado». Recordaba las amenazas del jefe Akker-Nyana cuando Xembix trajo a otra muchacha al cuerpo de guardia. El jefe le había amenazado con denunciarle ante Faax si un hecho semejante volvía a repetirse.

Por eso:

—¡Vamos, vamos, levántate! Tengo que sacarte de aquí cuanto antes —bramaba, impaciente.

Abofeteó a la muchacha aunque sin rudeza.

Simulando una torpeza que no sentía, Wamaika se dejó arrastrar por Xembix. Un momento después subían a un vehículo de la policía, que superó el control de la muralla y corrió raudo hacia el centro de la ciudad.

Descendieron en las proximidades del lupanar de Yax-Oonabb. Xembix sonreía torpemente.

—Lo siento, muchacha. Yo sólo te quería para mí. Sólo que…

«El muy imbécil imagina que he sido víctima de una orgía», rió Wamaika para sus adentros.

La mano de Xembix temblaba cuando puso un puñadito de piedras preciosas en la palma de la mano de la joven.

—Ten esto. Podrás vivir durante un año cómodamente…

Pero Wamaika sonrió encantadoramente, le devolvió las gemas y dijo:

—No las necesito. Si acepté ir contigo, no fue por lucrarme.

—¿Por qué, entonces?

—Porque me gustas —respondió Wamaika.

Y se alejó.

Xembix quedó paralizado por la sorpresa. Al cabo, hinchó el pecho, cuadró los hombros y, más ufano que nunca, volvió al vehículo de la policía, acrecentado considerablemente su orgullo viril.

CAPITULO XII

Ladraán se incorporó vivamente cuando escuchó aquel rumor. Era muy cerca del amanecer, pero las tinieblas rodeaban aún las ruinas del lazareto Hangaphi.

Como previera, no había pegado ojo en toda la noche. Y ahora aquel rumor quedo... ¿Wamaika... o una de las alimañas que pululaban entre los escombros?

—¡Wamaika!

Lo supo mucho antes de que ella llegara a la covacha. Un soplo de brisa trajo el perfume del *seffi* con cuyas semillas y pétalos la joven había teñido cabellos y vestido. ¡Era ella!

Wamaika se dejó caer, exhausta, sobre el camastro, ladeaba.

—¿Qué...?

—Todo..., toda va bien. Wam está vivo y goza de buena salud. Hemos... hablado largamente y tenemos..., tenemos un plan para... derrocar a Faax —pronunció la muchacha entre jadeo y jadeo.

—¡Hool nos asista! ¿Un plan para arrojar al déspota de su trono? Pero dime, dime, ¿cómo encontraste a mi hijo, qué te dijo, qué hablasteis?

—Calma, calma; déjame recuperar la respiración —rogó Wamaika, desfallecida.

Luego explicó todo al anciano.

Antes de que la luz del día jugara a favor de los eternos vigilantes del lazareto, Wamaika se retiró a su cubil y durmió durante unas horas. Pero la muchacha no estaba dispuesta a esperar hasta la noche para volver a la acción, de modo que a media mañana emergió de la fosa séptica, comió abundantemente y, tras convencer a Ladraán de la necesidad de ganar tiempo al tiempo, se deslizó junto a los muros como un reptil y alcanzó las cloacas.

Ahora las cosas serían más fáciles, pues había robado una pequeña linterna de fósforo a los guardias de palacio y podía prescindir de las rústicas teas.

¿Hacia dónde orientar sus pasos a través de los lúgubres pasadizos

subterráneos? Para Wamaika estaba claro: hacia todos partes donde encontrara a un antiguo amigo de Wam Ladraán.

Wam le había dado nombres suficientes. Ahora había que contar con que los viejos camaradas del Hijo de las Tinieblas poseyeran el coraje suficiente para decidirse a ayudarles en el complot contra el tirano.

Verdaderamente, Wamaika podía trasladarse por la superficie para realizar tales entrevistas -—pues su aspecto actual le daba seguridad —, pero era lo suficientemente cauta como para no desafiar a la suerte.

A fin de cuentas, aún transcurrirían treinta y dos días antes de que se produjera el Gran Eclipse. Quedaba, por tanto, tiempo suficiente.

Su primera entrevista fue con Amur-Loon, antiguo oficial del asesinado presidente de la Federación. (Amur había sido depuesto de su cargo por Faax, que no se fiaba de los hombres que habíanse encargado de la seguridad personal del presidente. ejecutado.) Según Wam, Amur-Loon podía serles de gran utilidad, pues era técnico en explosivos.

Pero el amigo de Wam tenía una familia numerosa, formada por una docena de hijos e hijas, el mayor de los cuales no había cumplido aún los dieciocho años.

--Sí, recuerdo a Wam-Ladraán. Fue horrible lo que Faax hizo por él. Pero no puedo exponer a mi familia, compréndelo: me debo a mi esposa y mis hijos antes que...

Amur-Loon se expresaba con temor desde el mismo momento en que Wamaika-Ly le expusiera sin rodeos el motivo de su visita.

—Si contásemos con el apoyo de algunos militares de rango superior. Si... Pero no sé si me atrevería a participar. Faax es terrible.

Al atardecer, Wamaika se sentía sin fuerzas. Había visitado, uno tras otro, a quince camaradas de Wam. Y la respuesta de todos había sido similar a la de Amur-Loon: demasiado miedo al tirano, y el lógico deseo de proteger cada cual a su familia de las iras demoníacas de Faax *el Unico*.

Decepcionada, Wamaika volvió caminando cansinamente —por la superficie— hasta las proximidades del cementerio Hommakapi. Allí buscó una alcantarilla y, cuando se cercioró de que nadie la observaba, descendió a las cloacas, buscó el camino adecuado y

emergió entre las ruinas del lazareto al caer la noche.

Dio una breve explicación a Ladraán y se dejó caer, fatigada, sobre el camastro.

El anciano la acarició suavemente y murmuró:

—Ahora eres tú quien necesita aliento, hija mía. Ten confianza. Hool nos ayudará.

Más confortada, la joven se quedó dormida en pocos segundos. Mientras velaba su sueño, Ladraán se decía íntimamente que la misión estaba erizada de dificultades. Pero el anciano tenía razón al confiar en que las circunstancias cambiarían favorablemente.

Porque justamente en aquellos momentos…

* * *

Desde que se dejara caer en el rico lecho —ebrio de alcohol y de sexo—, Faax se debatía sin descanso, asaltado por tensas pesadillas.

Dormía, pero el suyo no era un sueño reparador.

Soñaba con apoderarse del Cosmos entero. Había conquistado los planetas Annoudour, el gran Phantell, Sicador, Sexthram, Wamatell, Thyna, Pneyadour y Grellassi. Sólo le quedaba llegar a Yunna —el más frío y remoto de los cuerpos del sistema solar Tarmix— para dominar todo el sistema planetario.

Poseía bases en todos los mundos conquistados y un poderío inimaginable compuesto por centenares de mastodónticas astronaves, inmensos almacenes de ingenios bélicos, centrales de energía sin cuento y riquezas sin fin.

Pero Faax, Faax-Yaderi, el hijo del honesto oficial de policía de la Federación no estaba satisfecho aún.

Su egoísmo —egolatría, más bien— era inmenso y su ambición no tenía límites comparables para la razón humana.

Ahora tenía un proyecto mil veces más fabuloso: conquistar el Cosmos, convertirse en el dueño incontestable del espacio infinito, dominar toda la Creación.

Faax poseía los suficientes conocimientos como para comprender que necesitaba dominar un factor escurridizo y prácticamente desconocido: el factor tiempo. Ni una vida ni mil vidas bastan para

conquistar el Universo.

—Debo dominar el Tiempo —decidió.

Los tres brujos venidos de Annoudour —traídos contra su voluntad — le habían enseñado muchas cosas. Grandes misterios se habían desvelado para Faax con el concurso de los herméticos hechiceros annadouritas. Ahora dominaba buena parte de la magia —negra, desde luego— y por sí mismo había entendido arcanos que jamás hubiera soñado en su juventud.

Pero Gaaz, Karrouri y Westha —los brujos— eran parcos, excesivamente parcos en desvelar los poderes que conocían.

Y Faax quería saberlo todo. Cuando hubiera exprimido la sabiduría de aquellos tres magos, probablemente encontraría a otros que ampliarían su conocimiento y desvelarían el *súmmum* de lo enigmático.

De modo que, finalmente, Faax conquistaría todo el Universo.

Ya soñaba con ello y su mente se desbordaba de imágenes fabulosas y de sentimientos, de anhelos locos de poder infinito...

Por eso, mientras soñaba, sufría contracciones epilépticas, gruñía entre dientes, arañaba las ricas telas del lecho, se reconcomía, sufría, vociferaba...

De repente, dio un gran grito que retumbó en la inmensa vastedad de su alcoba y... despertó.

Su alarido despertó también a sus servidores, que penetraron asustados y cautelosos en el gran dormitorio real.

—Ordenad a mis guardias que traigan aquí a mis consejeros. Que traigan inmediatamente a mi presencia a Karrouri, Westha y Gaaz —bramó.

Y, mientras esperaba, acariciaba en su mente una idea perversa, criminal.

CAPITULO XIII

Hieráticos, los hechiceros Annoudouritas comparecieron ante Faax *el Unico*.

Tanto Westha, como Karrouri y Gaaz, eran tres ancianos de blancos cabellos, esqueléticos y que vestían humildemente, como verdaderos ascetas. Podían haber vestido como príncipes, pues Faax había puesto a su disposición riquísimas galas, pero los tres magos eran tan parcos en desvelar sus secretos como en la ostentación y el lujo.

Los tres tenían aspecto venerable y digno. No comparecían como esclavos, sino como hombres libres y responsables..., aunque Faax los mantuviera bajo perenne vigilancia y les obligase por la fuerza a introducirle en los arcanos.

El tirano ordenó a los servidores y guardias que le dejaran a solas. Y entonces, tras escrutar fijamente las facciones de sus asesores, demandó bruscamente:

—Lo quiero todo, ¡todo! Sabéis mucho más de lo que me habéis enseñado y pienso exprimiros como a frutos maduros. Nada de andar con rodeos. Hasta ahora he, sido clemente y considerado con vosotros, pero en adelante responderéis puntualmente a mis requerimientos. Ya lo habéis oído: quiero compartir toda vuestra sabiduría y vuestros secretos. Y os prevengo: sería peligroso que me impacientarais demasiado, pues...

Gaaz, Westha y Karrouri se consultaron brevemente con la mirada. Y, al cabo, Gaaz que era el más anciano —¿miles de años, quizá?— miró al tirano y dijo lentamente:

—Aciertas al imaginar que sólo te hemos confiado una parte de nuestros secretos. No te enseñamos algunos arcanos por nuestra voluntad, sino para evitar males mayores. Somos hombres justos y misericordiosos y odiamos la violencia, el abuso y el crimen. Por eso cedimos un poco: para comprobar hasta dónde alcanzaba tu ambición y tu egoísmo. Pero ha llegado la hora de decirte ¡basta! De común acuerdo, hemos tomado esta decisión definitiva: no te haremos nuevas confidencias, ni te enseñaremos nuevos conocimientos. Eres un criminal sin escrúpulos y utilizarías nuestro saber para ejercitar el mal.

El rostro cetrino de Faax se encendió en rojos tonos.

—¿Habéis dicho *no*? —bramó, descompuesto y tembloroso.

—Has oído bien —respondió Gaaz con serenidad admirable—. Definitivamente: NO.

Faax llamó a gritos a sus sicarios, que penetraren por docenas en su alcoba. Los brujos fueron arrastrados y trasladados a los calabozos, donde les fueron aplicadas las más horrendas torturas. Refinados verdugos, canallas experimentados en hacer padecer a sus semejantes, se ocuparon durante varios días de doblegar la voluntad de los tres magos de Annoudour.

Todo fue inútil. Westha, Gaaz y Karrouri se mantuvieron en la decisión adoptada de común acuerdo: no darían al déspota nuevos conocimientos que sólo servirían para poner en sus manos instrumentos de destrucción y muerte. Los hechiceros agonizaban, pero callaban y soportaban el martirio.

Faax jamás descendía a las mazmorras, pues el hedor que llenaba el ambiente ofendía su sensible olfato: sólo una vez bajó y vomitó en seguida y sufrió horribles mareos. De modo que cuando Akker-Nyana le informó sobre la situación —los magos Annoudouritas estaban a un paso de la muerte—, Faax comenzó a preocuparse y ordenó a su gente que Westha y sus dos compañeros fueran llevados a los aposentos reales.

Personalmente, les interrogó con sadismo. No le conmovió ver a aquellos ancianos al borde de la muerte; no sintió la menor compasión al contemplar sus febles cuerpos sangrantes, rotos y lacerados; sólo experimentaba una sensación: asombro e incredulidad. Porque no podía entender que aquellos brujos prefirieran el tormento y la muerte antes que ceder a los caprichos del usurpador.

Gritó, se desmelenó, se mesó los cabellos, y se detuvo nuevamente ante sus víctimas.

—Por última vez, ¿haréis lo que os exijo? —bramó, crispado.

El anciano Gaaz susurró con voz apenas audible:

—Jamás.

Arrojó un vómito de sangre —pues habían aplastado atrozmente su pecho— y se desmadejó entre los brazos de los esbirros. Acababa de exhalar el último suspiro.

Pero Faax se aferraba a un clavo ardiendo.

«Quizá Westha y Karroruri sean menos indomables que ese viejo decrépito», pensó.

Desplegando una teatralidad de bufón, El Unico les rogó, les ofreció poder y riquezas y, finalmente, les amenazó con una muerte larga y dolorosa.

Pero los annodouritas no cedieron ante súplicas ni ante amenazas.

—Nuestro futuro está escrito, tirano —declaró Karrouri, desfallecido —. Moriremos, lo sabemos. Pero nuestras muertes no serán inútiles.

Llegado este momento, Faax montó en cólera. Su ira no fue explosiva, crispada y descontrolada, sino fría y reflexiva. Tenía que vengarse de aquellos sabios y había que hacerlo de forma adecuada.

Puesto que nada podía obtener de ellos en vida, quizá lo consiguiera después del sacrificio de los ancianos magos: por ejemplo, escarmentar a todo aquel que se rebelase contra su voluntad.

Fue un espectáculo sangriento y abominable.

Los pretorianos ataron a Karrouri y Westha por los cuellos, y otro tanto hicieron con el cadáver del anciano Gaaz, tras lo cual los arrastraron por los caminos de las tres colinas y los llevaron hasta el centro de la Gran Plaza.

Los ciudadanos de Xoonapyr —hombres, mujeres y niños— fueron congregados por la fuerza alrededor de los despojos.

Centenares de miles de personas se apelotonaban en la plaza, vigilados de cerca por los sicarios de Faax, el cual, cuando creyó llegado el momento más tenso e insoportable, dirigió la palabra a sus «súbditos» con la voz reposada y tranquila. No es preciso transcribir lo que el déspota dijo; conviene mejor describir someramente cuanto aconteció después.

Los cadáveres de los Announdouritas fueron ultrajados públicamente de la forma más escandalosa e irreverente. Des pues, los cuerpos fueron despedazados y amontonados los despojos, tras lo cual los pretorianos arrojaron sobre los venerables restos espuertas de excrementos e inmundicias. Seguidamente añadieron leña y gran cantidad de combustible inflamable y le prendieron fuego.

A partir de ahí, la masa comenzó a murmurar y a agitarse levemente. Luego, cuando el fuego convirtió en cenizas los humanos despojos, se oyó un grito agudo:

—¡Hool te maldiga, déspota! ¡Que tu alma no alcance el descanso jamás!

Todos quedaron paralizados de espanto al ver surgir a una niña de entre la muchedumbre. La chiquilla, con entereza admirable, gritó nuevamente su anatema contra Faax.

Uno de los pretorianos fue el primero en reaccionar. Corrió hacia la niña y la abatió de un tremendo golpe en la cabeza. Después la arrastró por los cabellos hasta el lugar donde aún humeaban algunos restos, roció el cadáver de combustible y prendió fuego…

La reacción se produjo en seguida. Un grupo de adultos cargó contra el autor de aquella indescriptible fechoría y le lincharon en breves instantes. Pero Faax había tomado sus precauciones y los miles de guardias que vigilaban desde las alturas, lanzaron ingenios incendiarios contra la muchedumbre. Cundió el terror y todos corrieron desordenadamente en busca de la salvación.

En aquella guerra fría y desapacible mañana murieron diez mil ciudadanos de Xoonapyr. Los mismos servicios gubernamentales no daban abasto para retirar tanto cadáver carbonizado o limpiar de manchas negruzcas las vías ciudadanas.

Esa noche, Wamaika-Ly volvió a entrevistarse con el exoficial Amur-Loon. Pero no pudieron hablar inmediatamente, sino cuando Amur regresó del cementerio Hommakapi don de habían sido inhumados los restos de tres de sus hijos.

—Sí, haré lo que sea —dijo únicamente el ex oficial.

Su rostro estaba pálido y desencajado, pero en sus ojos se advertía un brillo de decisión.

Wamaika habló brevemente y se despidió. Amur-Loon sabía ya cuál era su cometido dentro del amplio complot que comenzaba a perfilarse.

Sin perder tiempo, la joven profesora visitó hasta una veintena de antiguos camaradas de Wam-Ladraán. El milagro se había producido: todos se mostraron propicios a colaborar, pues también el terror tiene un límite: el de la dignidad humana.

Y así…

CAPITULO XIV

Wam se irguió sobre su lecho de finas cuerdas. Acababa de despertar bruscamente. Un momento después, sus sentidos privilegiadamente afinados le avisaban: alguien se había detenido en la boca del pozo.

¿Wamaika?

No era Wamaika. Una voz de hombre, temerosa y vibrante, resonó arriba:

—¡Eh! ¿Me oyes, Wam?

—¿Quién eres, qué quieres?

—Soy Tuundre, un guardia de Faax. Escúchame, pues no puedo perder el tiempo: me va la vida en esto.

—Habla, pues.

—La joven profesora dice que los antiguos amigos están dispuestos y unidos. Que el proyecto sigue adelante y que se espera que vayan llegando nuevos adeptos, entre ellos, algunos altos jefes... No puedo decirte más: Faax ha prometido riquezas sin cuento a quien delate a un traidor. Pero vendré cada dos noches a traerte noticias. Es decir, si antes no me sorprenden y descuartizan.

Wam jadeó de pura excitación.

—Gracias, Tuundre —murmuró.

Oyó cómo se alejaban los pasos del guardia, que regresaba apresuradamente a su puesto a través de las empinadas galerías de las horadadas colinas.

Wam se esforzó en memorizar el mensaje. Apenas había dormido, un par de horas; necesitaba descansar más, pero la excitación era su principal enemigo. No logró conciliar el sueño hasta mucho después.

Puntualmente, Tuundre descendió para informarle por segunda vez, dos noches más tarde.

—La joven profesora te envía saludos. Tres generales se han unido al movimiento. Eso es todo.

—¡Espera! Di a tu contacto lo siguiente: deben hacer acopio de materias fétidas para cuando llegue el momento adecuado.

—De acuerdo. Me voy.

Y así, Wam-Ladraán, el Hijo de las Tinieblas —pero también hijo de Ladraán, el humilde profesor— mantuvo contacto con Wamaika-ly durante veintitrés días.

Consiguió así estar bien informado del desarrollo del complot contra Faax y al mismo tiempo impartir, desde un pozo muy profundo, las líneas maestras de la insurrección, pues Wam poseía en su memoria un tesoro inconmensurable de datos que servirían decisivamente al grupo de disidentes que se gestaba día a día.

Supo que el malestar en todo Kungawan había alcanzado niveles no registrados jamás, desde que Faax-Yaderi aprovechara la pandemia para arrebatar el poder a la Federación, legalmente establecida y aceptada por todos los ciudadanos.

Wam se sentía ilusionado, ebrio de esperanzas. Sin embargo, se empeñaba en controlar su excitación para poder pensar con calma, elaborar ideas y proyectos que pudieran facilitar el éxito del movimiento contra Faax-Yaderi.

Era consciente de que el verdugo de Kungawan detentaba aún el poderío más colosal que una mente humana pudiera soñar. Por eso era cauteloso y desconfiado hasta el final.

Se aproximaba la fecha en que la luz del gran sol Tarmix seria velada por completo (para los Kungawaníes) por espacio de cuatro días. Casualidad o maldición, la sombra que robaría la luz y el calor a Kungawan era la del más próximo planeta del sistema: Annoudour, de donde procedían los magos inmolados por el tirano. ¿Venganza de aquellos sabios o simple justicia natural? Wam no pretendía conocer el Universo a fondo, pues era consciente de su propia pequeñez a escala cósmica.

Faax había querido convertirse en dios. Su soberbia estaba a punto de llevarle a la aniquilación.

Y llegó el gran día, el día del Gran Eclipse Total.

* * *

Faax se había retirado a descansar. Dormía pesadamente, después de beber hasta la saciedad.

Un temblor imperceptible recorría todo su cuerpo bajo las finas sedas. De vez en cuando, se agitaba en un escalofrío, pero seguía durmiendo.

Y luego despertó bruscamente.

Incorporado sobre el lecho, advirtió que no había luz. Palpó aquí y allá, se echó fuera de la cama y caminó torpemente hasta la más próxima ventana.

Y elevó sus ojos al firmamento.

—¡El eclipse, el Gran Eclipse…! —exclamó, asombrado y temeroso, tras contemplar el sombrío panorama de la ciudad en penumbras.

Observó, trémulo, la lenta interposición de Annoudour entre Tarmix y Kungawan. Obsesionado, incapaz de reaccionar, Faax permaneció junto a la ventana por largo rato. Cuando se apartó de allí, Annoudour, enorme, velaba por completo la luz del sol y Kungawan yacía ya bajo las más densas sombras.

Hubiera querido consultar a sus brujos, pero era imposible porque él mismo los había aniquilado.

Consternado, Faax se esforzó en controlar sus sentimientos y emociones.

En aquel momento, resonó un poderoso zumbido en lo alto y fulgió una luz esplendente, verdosa, que penetró a través de las cristaleras del palacio Fayali.

Faax quedó inmóvil como una estatua. Pero al cabo de unos segundos, y mientras un olor hediondo y penetrante se filtraba en todas las estancias y dependencias del palacio, reaccionó y salió gritando:

—¡Subversión! ¡Atacan palacio! ¡Que venga inmediatamente mi consejero de Estado Mayor!

Se detuvo súbitamente. ¿Cómo podía asesorarle el consejero

Hardamek... si el propio Faax lo había ejecutado dos meses antes cuando su mejor amigo se atrevió a discutirle algo relacionado con los planes de expansión?

El hedor se hizo más intenso. Una violenta arcada le conmovió. Un momento después Faax *El Unico* se inclinaba sobre el lecho y lo manchaba con la masa agria de sus grises vómitos.

* * *

—Es preciso, Ladraán —susurró Wamaika—. Entre los miembros de la guardia pretoriana, sólo contamos con Tuundre. No podemos fiarnos de los demás, de modo que resulta imprescindible que yo actúe personalmente, ahora.

Al anciano se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Sé que no lograría disuadirte, hija. Ve. Yo permaneceré aquí, rogando al Bienhechor por el éxito de vuestras acciones. Te ruego..., ¡te suplico que seas sensata!

—Vamos, vamos, todo saldrá bien, querido Ladraán. Y ahora me voy: Annoudour se va aproximando a la conjunción astral. Se acercan las sombras protectoras. Adiós.

* * *

Xembix se volvió bruscamente hacia la entrada del lupanar Guuhax.

Deslumbrado, parpadeó.

Luego abandonó a Yax-Oonabb y salió al encuentro de Wamaika.

Temblaba como un chiquillo, tan intensa era su emoción. Durante muchos días, Xembix había deseado ardientemente que llegara el momento de su reencuentro con la bellísima mujer que ahora se acercaba a él, sonriente.

Con otra cualquiera, Xembix hubiera permitido que su instinto se liberase brutalmente, pero con aquella hermosísima mujer morena había que demostrar cortesía y delicadeza. Ansiaba abrazarla y fundirse con ella, pero se contuvo.

—He pensado mucho en ti, Xembix —murmuró ella con cálido acento.

No mentía: era absolutamente cierto que había pensado en el

policía, pero no en el sentido que el presuntuoso Xembix imaginaba.

Luego, cuando Yax-Oonabb les sirvió sendos *iaxorriis* con claro despecho, Xembix se comía a Wamaika con los ojos.

Y ella hizo el comentario oportuno en el momento justo.

—Sólo fuiste tú, Xembix. No me interesaban los otros guardias. Sólo tú.

El lugarteniente de Akker-Nyaga se infló como un pavo real. Era él ¡él!, el único que gozara de aquella deliciosa mujer en la cocina del cuerpo de guardia Fayali. Que ningún otro *piojo* hubiera tenido acceso a Wamaika, le llenaba de orgullo.

—Podríamos volver —insinuó.

—Tal vez. Otro día —susurró la mujer, sin demasiado interés.

—Tiene que ser hoy —exigió Xembix, fogoso, atenazándola por la cintura.

Wamaika resistió unos instantes. Luego accedió, sumisa:

—Está bien. Sea, hombre dominante.

Xembix la llevó en un vuelo hasta la puerta y en otro vuelo hasta el vehículo fortaleza que aguardaba en el cruce.

Cuando ambos se acomodaban en el blindado interior, Wamaika apenas pudo contener una sonrisa conmiserativa.

«Este Xembix es un parvulillo, irremediablemente. ¡Ir a tropezar dos veces en la misma piedra...!», se burló.

* * *

Algo había cambiado. Algo sutil, indefinible, pero Wam- Ladraán el Hijo de las Tinieblas estaba seguro de ello.

Por eso se mantenía alerta, tensos los músculos, despiertos los sentidos. Y, así, escuchó el rumor de pasos y lo asoció inmediatamente con una persona a la que ni siquiera conocía físicamente: Wamaika.

Sin transición, resonó el rumor de la catarata. Un poderoso chorro de agua fría lamió las paredes cilíndricas del pozo que le había encerrado durante casi trece años. El destemplado líquido comenzó a llenar rápidamente el fondo del pozo y Wam se dispuso a mantenerse

a flote hasta la extenuación.

Arriba, Wamaika se preguntaba si no hubiera sido mejor hallar un medio menos violento de sacar a Wam del fondo de su encierro. Pero el tiempo determinaba todos sus movimientos: el eclipse era casi total ya y no se podía perder un solo instante.

De todas formas, aguardó con gran angustia mientras, allá abajo, el nivel del agua ascendía a ritmo vertiginoso. El rumor era violento y sonoro, y la luz de la linterna de fósforo iluminaba tenuemente la vorágine líquida que descendía en torbellinos hacia las profundidades.

Wamaika permanecía junto a la llave de paso, atenta a los acontecimientos. Al cabo se produjo un borboteo furioso y... Wam-Ladraán emergió de las tinieblas que le habían dado nombre ¡sobre la cresta del torbellino!

La joven apagó inmediatamente la linterna, pues sabia que la luz dañaría considerablemente los ojos del hombre. Apenas pudo verlo: sólo la silueta de un hombre de piel muy blanca y descomunales músculos que cabalgaba sobre la espuma y era materialmente escupido hacia ella.

A ciegas, Wamaika cerró la llave de paso y el rumor líquido cesó.

—Wamaika...

—Estoy aquí, Wam, pero no veo nada. ¿Puedes ver tú?

La respuesta tardó en producirse. Y al fin:

—Te veo con toda claridad, Wamaika. Y me pareces una diosa, bella y pura como un pedazo de cuarzo. Te veo... Mojada, con el rostro manchado de churretones negros y el tono rojo de tus cabellos anunciándose bajo el *seffi* que los ennegrece superficialmente. Hool es grande. Te hizo la mujer más bella que pueda concebirse.

Wamaika perdió la respiración.

—Así que has recuperado tu facultad de noctivago... —murmuró.

—¡Veo, veo con toda claridad! Y doy gracias al Creador por permitirme contemplar tu belleza.

—Pero...

—Tienes razón, el tiempo apremia. Discúlpame, me he dejado llevar por el arrebato. Ven, dame la mano. Yo te guiaré.

Wamaika experimentó un dulce y placentero roce. La fuerte mano de Wam asió la suya firmemente y ambos caminaron hacia las alturas.

—Liberemos a los presos y veamos qué ha sido del tirano —susurró el Hijo de las Tinieblas, que ascendía con increíble facilidad a través de las sombras espesas.

* * *

Finalmente, Faax logró reaccionar.

Alzando su rostro manchado de vómitos, se movió y dio unos pasos vacilantes.

Se aterró al escuchar la algarabía que llegaba del exterior, corrió locamente a una ventana y contempló el desastre: sus «súbditos» se habían rebelado en masa y los policías y guardias huían cobardemente y suplicaban misericordia cuando eran atrapados.

Todo estaba perdido, pues.

¿Todo? No.

En un silo oculto en las laderas de las colinas se encontraba la más sofisticada de las astronaves construidas en el polígono de Hoccha. Sólo Faax conocía su existencia. Por una razón definitiva: científicos, técnicos y obreros que habían trabajado en la construcción de la astronave y el silo, habían sido asesinados a medida que cada cual cumplía con su tarea.

Faax podía escapar a la venganza de los oprimidos, pues disponía de un medio para situarse lejos de sus iras.

Pero ¿adonde ir? Perdido el poder, las bases de los diversos planetas le rechazarían violentamente, le aniquilarían.

—¡Yunna! —exclamó súbitamente.

Yunna, el último planeta del sistema solar de Tarmix, el más frío y remoto de los mundos explorados por los astrónomos de Kungawan.

Precisamente, la astronave que se ocultaba en el silo de las colinas era el prototipo construido por los científicos de Epathos para alcanzar el distante Yunna. Y allí nadie podía llegar excepto Faax.

Volvería, sí, volvería para vengarse. Y establecería de nuevo un imperio de proporciones incalculables. (¡Maldita peste, malditos vómitos que le habían dejado sin fuerzas, sin capacidad para

reflexionar con calma...!)

Abandonó su alcoba, caminó hacia la senda secreta que descendía hasta el silo. Pero de repente retrocedió horrorizado *al contemplar la legión de fantasmas que acudían a su encuentro. Miles y miles, cientos de miles, millones de muertos, víctimas de Faax-Yaderi autopodado El Unico, se interponían en su camino impidiéndole descender hacia la astronave que suponía su seguridad y su libertad.*

¡Horrible, horrible, horrible! La muralla de los seres sin cuerpo se interponía como una barrera intraspasable, los rostros descarnados, destrozados y borrados, le contemplaban con fría insistencia hasta llegar a enloquecerle.

Hasta que apareció la silueta del venerable Gaaz, el más anciano de los magos de Annoudour.

—¡Dejadle! ¡Dejadle paso! —clamó Gaaz con voz tonante—. Dejadle..., porque Faax tiene que marchar irremediablemente al encuentro de su destino.

Los espectros retrocedieron. El camino quedó libre. Gaaz desapareció súbitamente.

Faax alcanzó la gran galería subterránea en la que le aguardaba la silueta metálica de la astronave.

Ascendió veloz, llegó al centro de control y navegación, desde donde se regían todos los sistemas de a bordo. Puso en marcha el ordenador y se oyó una leve vibración. Pulsó luego las teclas del panel y... el techo se descorrió en silencio, mostrando la rampa que le permitiría despegar en sentido casi vertical, hacia el infinito.

—Se acordarán de mí..., ¡se acordarán! —masculló, antes de que la esterilizada silueta de la gran nave se pusiera en movimiento hacia la oscura abertura central.

Ya estaba en el aire, fugaz como un relámpago, veloz como el pensamiento, potente como el Cosmos, eterno como...

Pero ¿qué sucedía ahora? Un altavoz repetía monótonamente:

—Combustible cero, combustible cero. Emergencia, emergencia.

Rabioso, consultó la memoria del ordenador: combustible cero. En el disparo hacia el infinito, Faax había gastado todas las reservas de energía que disponía la nave.

—¡Sabotaje! —gritó fuera de sí—. ¡Sabotaje!

Estuvo gritando aquella palabra durante largos años. Hasta que harto de errar por el espacio oscuro y silencioso, Faax decidió poner fin a su vida. Lo consiguió.

EPILOGO

Por fin, Wam-Ladraán pudo abandonar el hospital, una vez recuperada definitivamente su visión normal. Estaban esperándole miles de personas, pero fue el presidente provisional de la Federación quien se acercó a hacerle la proposición.

Wam denegó con una leve sonrisa.

—No, no seré vuestro futuro presidente. Para ese cargo tenemos a muchas personas capaces, como el mismo Amur-Loon y otros. Yo... necesito el resto de mi vida para recobrar el tiempo perdido. Además, tengo el deber de ocuparme de mi anciano padre y de mi esposa. De modo que...

Lo entendieron, sí. Allí, muy cerca, estaban Ladraán y Wamaika-Ly. Habían esperado largos meses aquel momento. Pero todos sabían que había valido la pena.

La multitud fue dispersándose lentamente con un cierto sentimiento de decepción. Ladraán, Wam-Ladraán y Wamaika-Ly echaron a andar lentamente camino del sur, donde el gobierno provisional les había preparado una residencia campestre.

—La familia, la paz, la reflexión, el estudio... —murmuraba el anciano profesor para si.

—El amor, la naturaleza, el trabajo reposado... —reflexionaba Wam.

—El amor y los hijos —puntualizó Wamaika en voz alta, oprimiendo con fuerza el musculoso brazo del Hijo de las Tinieblas.

—Y los hijos —asintió Wam.

—Los nietos, querréis decir —les rectificó Ladraán, desde su punto de vista.

Sí. Y los nietos, y el calor del hogar, las pequeñas incidencias diarias, las preocupaciones cotidianas...

La Vida, en suma.

F I N

(1[1]) Esto es: el diablo